

TERESA

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

JOSE FOLA IGURBIDE



BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907,
Budapest 1907 y gran premio en la de Buenos Aires 1910

MALLORCA, 166

100 151 8310

FLYX 3264

TERESA
~~~~~

# TERESA

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

JOSE FOLA IGURBIDE



BARCELONA

**CASA EDITORIAL MAUCCI**

Gran medalla en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907,  
Budapest 1907 y gran premio en la de Buenos Aires 1910

MALLORCA, 166

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su permiso, podrá representarla, traducirla ni reimprimirla.

La «Sociedad de Autores Españoles», está encargada del cobro de los derechos de representación.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

**PERSONAJES****ACTORES**

|                         |                     |
|-------------------------|---------------------|
| TERESA . . . . .        | SRTA. MARTÍNEZ (J.) |
| EL CONDE . . . . .      | SR. MARTÍNEZ.       |
| MARGARITA . . . . .     | SRTA. ALSINA.       |
| EDUARDO . . . . .       | SR. ESTEVE (P.)     |
| LA VIZCONDESA . . . . . | SRA. PERLÁ.         |
| EL BARONCITO . . . . .  | SR. PALANCA.        |
| MARTA . . . . .         | SRTA. MARTÍNEZ (C.) |
| AGUSTIN . . . . .       | SR. ESTEVE (J.)     |
| TOMAS . . . . .         | » BELLO.            |
| CAMPESINO . . . . .     | » PELLICER.         |
| UN CRIADO . . . . .     | » N. N.             |

Epoca actual. La escena en Madrid.



## ACTO PRIMERO

### ESCENA PRIMERA

Salón ricamente amueblado con puertas laterales y al foro.

MARGARITA, EL BARONCITO.

BARONCITO. El baile, a lo que parece, tendrá encantos seductores: lleva tus galas mejores y a las gracias oscurece.

MARGARITA. Pienso estrenar un vestido riquísimo, color crema.

BARONCITO. ¡Qué me place!

MARGARITA. Y la diadema de brillantes que ha traído papá de París.

BARONCITO. Tú tienes la ventaja sobre todas de que impones a las modas tu buen gusto; y aunque llenes tus trajes de pedrería, ante esos ojos brillantes

*(Muy expresivo y galante: debe observarse que el Baroncito siente hacia su prima un afecto más vivo que el que corresponde a su parentesco.)*

se oscurecen los diamantes por arte de hechicería.

- MARGARITA. Adulador, lo eres mucho.  
BARONCITO. Prima, mi amor te confieso.  
MARGARITA. Hiciste tarde.  
BARONCITO. Con eso  
me matas, en vano lucho  
por olvidar que ya no eres  
dueña de tu corazón.
- MARGARITA. Siempre la misma canción:  
Tú que a todas las mujeres  
amas sin tasa, ¿presumes,  
en tus volubles amores  
que son las mujeres, flores  
de pasajeros perfumes?  
Tienes de amor, un caudal  
tan inagotable, chico,  
que ahora tu fama me explico  
de amador universal.
- BARONCITO. Contra esa injusta opinión  
sencilla disculpa encuentro;  
como eres tú sola el centro  
de mi amante inclinación,  
cual mariposa insegura,  
fuera de él, vaga sin calma,  
pensando encontrarlo mi alma  
en cada linda hermosura.
- MARGARITA. Frívolas galanterías;  
palabras, primo, palabras  
cuyo descrédito labras  
gastando tu oro en orgías.
- BARONCITO. Vamos a tener sermón  
como siempre, ya lo veo,  
y este galante torneo  
merece otra conclusión:  
he caído en tu desgracia,  
amada prima, y me pesa...  
Hablemos de la condesa  
(*Mudando de tono.*)

tu mamá, por obra y gracia  
de mi desdichado tío.

¡Brava mujer! En cuanto a eso  
tuvo gusto, lo confieso.

No merece mi desvío;  
con decirte, prima mía,  
que también me gusta a mí.

MARGARITA. Loco estás... Vete de aquí  
o cesa ya en tu porfía.

BARONCITO. ¿Qué afán trajo esa mujer  
al matrimonio? ¿El amor?  
¡Comedia! No hay resplandor,  
donde no hay luz, ni tener  
puede encantos la pavesa  
para el que calor ansía.  
¿Y al fin que son, sino fría  
ceniza que no interesa,  
sesenta años, para un alma  
ardiente como la suya?  
¡Bah! ¡Bah!, para el que arguya  
así no tiene mi palma.  
Esto prima no es dudoso;  
y de sobra conocido  
el afán que la ha movido  
a tomarle por esposo.

¡Ella, una pobre modista,  
contemplarse así de pronto.  
esposa de un conde... tonto!

¡Vamos que ha sido muy lista!  
Luego el oro deja franca  
una puerta a la impudicia.

MARGARITA. ¡Enrique!

BARONCITO. O de la malicia  
del mundo la duda arranca.  
Con la vejez buen consorcio  
la juventud, jamás hace;



- y eso tiene un desenlace,  
créeme prima, el divorcio.
- MARGARITA. Ya veo que tu razón  
está esclava, y a tus labios  
hace subir los agravios  
de una vil murmuración.  
La honra de esa mujer,  
sagrada debiera ser  
para tí, y ya con loca  
ligereza, vas tú mismo  
malos gérmenes sembrando...  
¡Así rodando, rodando,  
van las honras al abismo!
- BARONCITO. ¡Bonito sermón! Jamás  
pronunciaste otro mejor.
- MARGARITA. ¿Te burlas?
- BARONCITO. ¡Con qué calor  
lo digiste!...
- MARGARITA. *(Interrumpiéndole.)* ¿Acabarás?
- BARONCITO. Solo le faltó un final  
y ese será mi consejo:  
y una vez dado te dejo:  
*(Mirando su reloj)*  
volveré más tarde.
- MARGARITA. ¿Cuál?
- BARONCITO. Con sagacidad vigila  
a Eduardo. *(Con mucha intención y misterio.)*
- MARGARITA. ¿Por qué razón?  
*(Sobresaltada como si la revelación de su primo respondiera a sus propios temores.)*
- BARONCITO. Lo diré en otra ocasión.
- MARGARITA. ¿Vas a dejarme intranquila?
- BARONCITO. Es preciso...
- MARGARITA. ¡Vamos!, dime...  
*(Con sumo interés.)*
- BARONCITO. Tengo prisa.

MARGARITA. ¡Por piedad!  
BARONCITO. ¡Adiós!  
MARGARITA. Primo, en qué ansiedad  
me dejas.  
BARONCITO. Tu ingenio exprime.  
(Vase por el foro.)

## ESCENA II

MARGARITA

¿No es un ardid? ¿Cuál será  
mi amargura o mi desdicha?  
¿Qué planes contra mi dicha  
la suerte fraguando está?  
(Queda pensativa y triste. Estado que no  
debe abandonarla en toda la siguiente es-  
cena.)

## ESCENA III

DICHO, TERESA por la derecha. Se acerca de puntillas  
a Margarita y le da un beso en la frente.

MARGARITA. ¿Eres tú?... Te envía el cielo. (Cual  
si recibiese un inesperado auxilio.)  
TERESA. De allí vengo Margarita.  
¡Ah!, mi alma necesita  
con alguien partir su anhelo...  
Su dicha... ¡Toma otro beso!...  
MARGARITA. Alegre en efecto estás. (Con melancolía  
sintiendo secreta envidia por la dicha ajena.)  
TERESA. Cual no lo estuve jamás.

MARGARITA. ¿Eres feliz?... *(De la manera con que la actriz diga esto, debe también deducirse esto: Yo no lo soy.)*

TERESA. Con exceso...  
¿Y tu alma qué ambiciona?  
Dímelo... Tal gallardía  
presta el placer a la mía,  
que aunque fuese una corona  
lo que me pidieses, creo  
que no tardaría en ver,  
sin amenguar mi poder,  
satisfecho tu deseo.

MARGARITA. Gracias, Teresa... Es decir,  
mamá... *(Teresa y Margarita son igualmente jóvenes y hermosas. Esto justifica la exclamación de Margarita.)*

TERESA. ¡Calla! ¡Me avergüenzas!

MARGARITA. Menester será que venzas  
la costumbre.

TERESA. Resistir  
no puedo, aun, la impresión  
que ese nombre me ocasiona,  
aunque un placer proporciona  
muy grande a mi corazón.  
¿Pero qué tienes? Te veo *(Teresa al fin advierte el malestar de Margarita.)*  
pálida, desmejorada.  
¿Es amor?

MARGARITA. ¿Qué ha de ser?, nada.  
Me encuentro bien. *(Conócese que Margarita no dice la verdad y que su espíritu se halla minado por la cruel sospecha.)*

TERESA. No te creo.  
Algún secreto pesar  
te mortifica. *(Anublándose su franca alegría.)*

MARGARITA.

¡Teresa!

TERESA.

No lo niegues. ¿Te interesa tanto tu pena ocultar?

MARGARITA.

Tu pronto perdón reclamo.

*(Con el acento del que se vé cogido in-fraganti.)*

TERESA.

Abre tu pecho doliente o creeré que inútilmente tu buena amiga me llamo. *(Con dulce reconvención.)*

MARGARITA.

Abrigo una duda impía...

TERESA.

¿Y cuál es?

MARGARITA.

¿Puede el acento, que respira sentimiento, que rebosa idolatría, engañarnos y fingir, con vehemencia sin igual, lo que un pecho desleal es incapaz de sentir? Dímelo, Teresa mía, aunque aumente mi ansiedad la triste realidad.

TERESA.

¿Lo ves? Mató tu alegría una duda, sin saber que la duda es un tormento que unida al retraimiento nos tortura a su placer. Sé franca conmigo ahora. Confiésalo; no es oprobio. ¿Has reñido con tu novio? Yo sé que Eduardo te adora.

MARGARITA.

Te engañas; a tu amistad abiertamente me fio... Eduardo siente desvío hacia mí... *(Con voz baja, como temiendo ser oída.)*

TERESA.

(¡Ah!)

MARGARITA.

En realidad  
más que un amante parece  
un amigo... tiene días  
que se entusiasma; dirías  
entonces que se amor crece  
por algún extraño fuego.  
Me ama mucho, me asegura  
que soy su ídolo, me jura  
eterna fe... pero luego,  
decae, sin saber cómo;  
cesa en su amante porfía;  
aquella llama se enfría  
y vuelve a su eterno aplomo.  
Cariño que se electriza  
nada más, y mi esperanza  
languidece a la mudanza  
de un alma tan tornadiza.  
A veces llego a creer,  
aunque pensarlo no quiero,  
que su afecto verdadero  
pertenece a otra mujer...

TERESA.

(Dios mío.) *(A parte con sobresalto.)*

MARGARITA.

¡Oh!, me horripila  
esa idea... ¿Cómo yo  
piensas tal vez? *(Al observar la emoción  
de Teresa.)*

TERESA.

Eso no. *(Con viveza.)*

MARGARITA.

¿Tí nada sabes? ¿Tranquila  
puedo quedar según eso?

TERESA.

¿Quién lo duda?, tal hazaña  
no es digna de él.

MARGARITA.

Si me engaña;  
si el amor que le profeso  
es una carga enojosa,  
para Eduardo, moriré  
de dolor. *(Con honda amargura.)*

TERESA. Ciega es tu fe. (*Tomando un tono tranquilizador.*)  
Eres rica, eres hermosa;  
galanes te han de sobrar.  
No te apures. El amor  
también pasa. Es una flor  
que se suele deshojar  
fácilmente; ¿más quién piensa  
en desdichas sin motivo?  
Que él te adora es positivo;  
lo demás... pasión propensa  
al recelo y la ansiedad;  
ánimo que desfallece  
porque un empacho padece  
de amor y felicidad.

ESCENA IV

DICHOS, EL CONDE por el foro.

CONDE. ¡Angeles en conciliábulo!..  
Buenas nuevas me prometo.

MARGARITA. ¡Papá!

TERESA. ¡Fernando!

CONDE. Yo en cambio  
de noticias soy correo  
para sastres y modistas  
nada halagüeñas por cierto.  
Mira por donde, hija mía,  
ha terminado ya el pleito  
que seguías con la tuya.  
¿Fracasó el baile?

MARGARITA.

TERESA. Me alegre.

CONDE. Y yo también; tanto ruido  
metió, que con gran estruendo

se vino abajo.

TERESA.

Mejor...

MARGARITA.

¿La causa no te dijeron?

CONDE.

La duquesa se indispuso anoche... ¡Cuestión de nervios! Amigo, los nervios hoy están de moda, dan juego. Constituyen la invención más famosa de estos tiempos. Cuántos conflictos sé yo, que aun andarían revueltos entre excusas y cumplidos, sin la ayuda de los nervios... Con que paciencia, hijas mías...

MARGARITA.

¡Qué lástima!, tanto empeño que yo puse en estrenar...

CONDE.

Gran desgracia es en efecto para tu traje.

TERESA.

Mejor.

A oír a Gayarre iremos.

Se canta «La Favorita».

MARGARITA.

La ópera. ¡Buen remedio!

CONDE.

Yo gano en el cambio.

TERESA.

Y yo.

MARGARITA.

Papá... ópera tenemos todas las noches.

CONDE.

Y gracias

debes dar.

MARGARITA.

¡Qué desconsuelo!

CRIADO.

La señora Vizcondesa del Asalto. *(Sale por el foro y vase después de anunciar a la Vizcondesa.)*

CONDE.

Otro correo;

recíbela Margarita y entreténla, yo no puedo soportar su eterna charla.

MARGARITA. Voy allá. (*Vase por el foro. La sigue el criado.*)

CONDE. Me dá mareo.  
Tener a su edad debiera  
menos frágil el cerebro.

### ESCENA V

TERESA, EL CONDE.

CONDE. Y bien, sé franca alma mía;  
tú no recibes sorpresa...

¿El baile no te interesa?

TERESA. No fundo en él mi alegría.  
Me siento mal allí donde  
abunda la ostentación;  
no sé que amargo aguijón  
para mí aquel lujo esconde.  
Prefiero mi hogar... en él  
todo me es franco y sincero...  
Tu cariño verdadero  
y mi Margarita fiel.  
Si mi acento como dices  
influye, Fernando, en tu alma.  
Si quieres que en santa calma  
vivamos siempre felices:  
Te lo quería decir  
hace mucho tiempo, huyamos  
presto de eso que llamamos  
gran mundo; dejemos ir  
esa marea sin ser  
por sus olas arrollados;  
dos séres enamorados,  
Fernando, no han menester



- para sus dichas hermanas,  
ni lujo ni ostentación  
ni de baja adulación  
ni de frases cortesanías.
- CONDE. ¡Con qué deleite te escucho!  
Adivinaste Teresa  
mis deseos, pero pesa  
en mi ánimo y pesa mucho  
un cuidado...
- TERESA. ¡Margarita!  
Lo conozco; pero en breve  
unirse a Eduardo no debe?
- CONDE. Si ese cuidado me quita  
su enlace, sobran razones,  
la corte abandonaremos.
- TERESA. ¡Oh! Fernando.
- CONDE. Vida haremos...
- TERESA. En tus ricas posesiones  
de Andalucía?...
- CONDE. Cabal;  
sociedad, bullicio tonto,  
señor del mundo; muy pronto  
os venció la conyugal  
ventura que me prometen  
estos ojos hechiceros  
que por ocultos senderos  
en mi corazón se meten.
- TERESA. ¡Fernando! Bendita sea  
la hora en que te conocí:  
me comprendes y yo a tí:  
no más mi pecho desea.  
¡Mujer infeliz que labras  
el deshonor del marido,  
por fuerza no le has oído  
nunca tan dulces palabras;  
porque con una tan solo  
que recordaras, ni hicieras

su desdicha, ni te vieras  
llena de vergüenza y dolo,  
si no en sus brazos honrada,  
por su pecho sostenida,  
por sus labios bendecida  
y en sus ojos retratada:  
¡Fernando! ¡Mi protector!  
¡Mi noble y dulce marido!  
*(Con cariñoso trasporte.)*

CONDE. ¡Teresa! Nunca he sentido,  
lo juro, dicha mayor,  
creí imposible la empresa  
de hacerme amar a mi edad;  
quince años de viudedad  
helaron mi alma, Teresa.  
Mas tus ojos con tal brillo,  
o tal fuego me miraron,  
que mi afán resucitaron  
pues te amo como un chiquillo.  
No sé que extraña virtud,  
o qué influencia divina,  
han hecho en la vieja encina  
retoñar la juventud.

TERESA. Verás, mi dueño, verás  
a qué placentero olvido  
en aquel alegre nido  
esta existencia darás.

CONDE. ¡Me encantas! Por algo quiso  
la voluntad soberana,  
que de la ventura humana  
fuese, el campo, el paraíso.

TERESA. Viéndote estoy, los arreos  
de la caza preparar,  
o en acecho, al regresar  
cargado con los trofeos  
de tu larga cacería,  
atentos te ven mis ojos

venir por unos rastros  
seguido de tu jauría.  
Te salgo al encuentro, llegas;  
y con amante embeleso,  
mi alma te doy en un beso  
y tú el corazón me entregas.  
Luego asoma el chiquitín... *(Dice esto  
inadvertidamente, en el calor de su afecto.  
Se detiene al punto con más temor del que  
quizás conviene.)*  
¿pero qué digo?...

CONDE.

¡Qué escucho!

¿Tú piensas Teresa?...

*(El Conde cree que se trata de un feliz  
resultado de su matrimonio.)*

TERESA.

¡Mucho!

en un bello serafín  
de nuestra existencia encanto...

CONDE.

Pero...

TERESA.

¡Calla!

*(Poniendo su mano en los labios del Conde.)*

CONDE.

¡Oh regocijō!...

*(Ve el Conde confirmada su creencia.)*

TERESA.

¿Deseas tener un hijo...?

*(Con mucha intención.)*

CONDE.

No tenerlo es mi quebranto.

TERESA.

Pues un hijo te prometo...

*(Con profunda intención. Marcando mucho  
sus palabras.)*

CONDE.

¿Es posible?...

TERESA.

Alguien se acerca.

ESCENA VI

DICHOS, EDUARDO por el foro. Se detiene.

CONDE. Eduardo...

TERESA. Muy bien venido.

EDUARDO. (¡Juntos! ¡Su dicha es suprema!)  
¿Habré estorbado?...

CONDE. No tal.

EDUARDO. El amor testigos veda.

CONDE. Un proyecto acariciábamos  
que gusta mucho a Teresa.

EDUARDO. Por fuerza bueno ha de ser.  
(*Con fina galantería.*)

CONDE. Como inspirado por ella.  
(*Con ironía galante.*)

TERESA. Dígase al cabo el proyecto.

CONDE. Ir a vegetar desea  
al campo, a nuestro cortijo  
de Andalucía, y si llega  
la ocasión, como lo espero,  
de que estorbarlo no pueda  
ningún obstáculo, entonces  
he de poner mucha tierra  
entre Madrid y nosotros.  
Es natural tu sorpresa...

(*Con familiaridad.*)

no esperabas esta bomba  
de Orsini, pues la espoleta  
ha comenzado ya a arder.

TERESA. Madrid sin gente se queda.

CONDE. Teresa te explicará...  
escribirle me interesa  
a un amigo... Vuelvo luego.  
(*Vase por el foro.*)

(¡Un hijo! ¡Dicha completa!)  
(Teresa, después de la salida del Conde invita a Eduardo a sentarse. En cierto embarazo de éste, en una emoción que no puede evitar, compréndese que Teresa ejerce en él una superior influencia.)

## ESCENA VII

TERESA, EDUARDO

EDUARDO. ¿Cómo?... Tan poco atractivo tiene Madrid, que no llena sus deseos?

TERESA. Tiene muchos; pero ninguno que pueda sustituir con ventaja al que ofrece la ancha vega, el campesino perfume, la libertad, la llaneza, lejos de este ruido vano del cumplido y la etiqueta.

EDUARDO. Pero Madrid fué su cuna. ¿Dejar a su patria intenta?

TERESA. Con harto pesar. Creedme; dejó a mi patria con pena, pero al cabo sacrifico mi reputación de buena hija a la felicidad que mi mente saborea.

EDUARDO. ¡Sí! Tiene usted razón.  
(Como decidiéndose después de una penosa reflexión.)

Ni un solo quilate pesa este lujo embriagador

para el alma que desea  
gozar en dulce retiro  
la dicha más verdadera;  
la ventura conyugal,  
muy bien pensado, Teresa.

*(Con noble resolución.)*

¡Dichoso del que se vá  
(Tomando el tono primero.)  
y triste del que se queda!

TERESA.

Todo es vano y fugitivo,  
Eduardo, nada en la tierra  
hay estable y se equivoca  
el que se ufana en que acierta.  
Para asegurar la dicha  
nunca hubieron hipotecas,  
como que solo descansa  
sobre movediza arena.

*(Teresa comprende que se deja llevar de la misteriosa corriente que arrastra los pensamientos de Eduardo; muda bruscamente de tono.)*

¿Pero Eduardo, quién nos mete  
en reflexiones tan serias?  
Estamos filosofando  
y yo no caía en la cuenta...

EDUARDO.

Siga usted, Teresa, siga  
en su plática discreta,  
su ingenio sutil me encanta;  
¡Cuánto dice me embelesa!

*(Con más interés del que permiten las circunstancias y demostrando que hay un afecto contenido en su corazón.)*

TERESA.

¡Ah! Frívolo cortesano  
cuán sin temor galantea;  
infraganti le pillé...

*(Desentendiéndose y con acento familiar y burlón.)*

Usted mismo de un problema  
me ha dado la solución...  
Usted tiene descontenta  
a Margarita y ya veo  
que su culpa es manifiesta...  
Claro; si tanto prodiga  
esas frases lisonjeras,  
esos acentos de miel  
que tan gratamente suenan  
en los atentos oídos  
de las pobres Dulcineas,  
¿qué le quedará a la suya?  
Quizás solo frases huecas  
porque siempre fué el hastío  
del exceso consecuencia...  
¿Usted ama a Margarita?  
*(Con seriedad que impone a Eduardo.)*

EDUARDO.

¿Esa pregunta?...

TERESA.

Respuesta  
pide franca y decidida.

*(Con excesiva seriedad.)*

EDUARDO.

La amo.

*(Con firmeza y resolución después de una  
pequeña pausa.)*

TERESA.

¿Se considera  
capaz de hacerla feliz?...  
¡Oh! Piénselo bien, no tenga  
tardío arrepentimiento.

EDUARDO.

¡Será mi esposa!

*(Con la resolución del que se propone vencer  
algún obstáculo.)*

TERESA.

Comprenda  
entonces que hace muy mal  
con tenerla descontenta,  
ella... le acusa de frío,  
de distraído... desea  
ver más cariño en usted,

y está en su derecho.

*(Con cierta severidad.)*

EDUARDO. ¡Teresa!...

TERESA. Reconózcase culpable;  
aun su yerro tiene enmienda.

EDUARDO. ¿Llegó a notar Margarita?...

TERESA. Al fin veo que confiesa...

¡Ea!, señor mío; voy

*(Levantándose y con la intención clara de poner término a aquella situación.)*

a imponerle penitencia.

EDUARDO. Yo pecador, cumpliré  
arrepentido, mi pena.

*(Con gran delicadeza y cuadrado enfrente de Teresa, después de levantarse siguiendo su movimiento.)*

TERESA. Urge que ponga al momento  
a Margarita contenta...

El medio, lo escoge usted.

Corra a cumplir su condena...

En el jardín la hallará  
con Laura, la vizcondesa  
su amiga...

EDUARDO. ¿No es una traba?...

*(Refiriéndose a la presencia de la Vizcondesa.)*

TERESA. ¡Procure que no lo sea!...

Sin apelación Eduardo.

EDUARDO. ¡Buena es la sentencia, buena!

*(Vase por el foro.) (En esta escena el público ha de comprender no lo que dicen solamente los actores, sino lo que callan. Esto es, que Eduardo está delicadamente enamorado de Teresa y que ésta rehuye su afecto. Tal resultado se recomienda al talento de los actores.)*



ESCENA VIII

TERESA

¡Vete bendito de Dios!  
Cásate en breve con ella...  
y olvida lo que tus ojos  
imprudentes me confiesan...  
¡Me ama!, y su afán oculta  
con harta delicadeza:  
pero el amor crece y crece;  
arroyo que luego aumenta  
de cauce, y al cabo es  
torrente que se despeña  
con empuje formidable...  
Entre él y yo mucha tierra  
es necesario poner...  
Que Margarita no sepa,  
jamás, el sér que le roba  
la dicha de su existencia.

ESCENA IX

DICHO, TOMAS por el foro.

TOMÁS.            ¿Dá la señora permiso?...  
*(Con mucho recato y demostrando por su  
actitud que no quiere ser oído.)*

TERESA.            ¡Hola! Tomás te esperaba:  
¿y el niño?...  
*(Bajando mucho la voz y convenciéndose de  
que no son oídos.)*

TOMÁS.            Sin novedad;  
jugando quedó con Marta  
enredado entre unos flecos.

- TERESA. ¿Sigue bien?  
TOMÁS. ¡Toma! Su cara  
es una guinda.
- TERESA. ¿Se acuerda  
de su mamá? ¿Con sus gracias  
os hace reír?
- TOMÁS. El niño,  
a juzgar por lo que charla,  
va a sacar un talentazo...
- TERESA. ¡Hola!  
TOMÁS. Sabe más gramática  
que Lagartijo; el muñeco  
unos refranes se saca...  
y anda con una soltura...
- TERESA. No le dejéis que de casa  
se aparte mucho, ya sabes  
que podría una desgracia  
sucederle...
- TOMÁS. No se aleja  
nunca de nuestra mirada.
- TERESA. Hacéis bien. ¡Pobre ángel mío!  
Iré a verte sin tardanza.  
Tomás, ¿no hiciste memoria  
de alguna de sus palabras?
- TOMÁS. ¿Pues si habla más que el Tostado?  
¡Es una cosa que pasma!
- TERESA. ¿Y la muñeca?  
TOMÁS. Pedazos.
- TERESA. Me lo figuré. *(Con regocijo.)*  
TOMÁS. Y la caja  
de soldados y el caballo  
y el trompo, no queda nada;  
todo muere entre sus manos  
deshecho en una mañana.
- TERESA. Espera, vuelvo al instante.  
*(Entra en su cuarto y sale al punto.)*  
Toma... llévale otra caja.

- TOMÁS. Soldados de plomo... Bueno.  
TERESA. Aquí el dinero de Marta  
llevas también... para tí..  
TOMÁS. ¡Cinco duros! Muchas gracias.  
TERESA. Y ahora vete Tomás;  
*(Con recelo y temor de que les descubra la  
prolongación de la escena.)*  
dale mil besos.  
TOMÁS. Sin falta.  
TERESA. Cuidadle como si fuera  
vuestro hijo... Dile a Marta  
que irá a verla muy en breve.  
TOMÁS. Cumpliré, cuanto me encarga.  
*(Vase por donde entró.)*

## ESCENA X

### TERESA

Con saber de él, la alegría  
ya me retoza en el pecho...  
¡Oh, Reina que al desvalido  
amparas desde tu cielo!  
Protege como hasta aquí  
la vida de ese ángel bello.  
*(Vase puerta izquierda.)*

## ESCENA XI

MARGARITA, LA VIZCONDESA por la puerta lateral  
izquierda.

VIZCONDESA. Haces bien, hija, haces bien.  
Debes sumisa obediencia  
a tu papá... Sí... El lo quiso.

*(Con gran desenfado.)*

Conforme... Pero confiesa  
que tuvo un pésimo gusto...  
¡Descender hasta esa esfera!  
¡El! Un título... rodeado  
de atenciones y riquezas,  
casarse con una... vamos  
no se puede con paciencia  
pensar en ello... ¡Hola!, ¡hola!  
*(Reparando en el espejo colocado en el foro  
sobre una consola.)*

Bonito espejo... ¿No lleva  
marca de fábrica?

MARGARITA.

Es

un regalo de Teresa...  
Lo compró en París.

VIZCONDESA.

Qué fué

de tu papá, me dijeras.

MARGARITA.

¡Laura, por Dios!

*(Mirando al cuarto de Teresa temiendo se  
oyeran las palabras de la Vizcondesa.)*

VIZCONDESA.

Si no tiene

ni dónde caerse muerta,  
¿cómo quieres que el obsequio  
se le atribuya?

MARGARITA.

Me pesa

que la trates de ese modo...  
créeme... y en mi presencia...  
eso, Laura no está bien...

*(Con reconvención seria.)*

Te ruego...

VIZCONDESA.

Chica, dispensa;

no comprendo por qué tomas  
con tanto ardor su defensa...

Entonces alabaremos  
la ignominia que con esa  
boda, ha venido a caer

sobre toda la nobleza...  
Bendigamos la hermosura  
de la... modistilla... sea  
*(Baja la voz al decir modistilla.)*  
como gustes... derramemos  
incienso y mirra sobre ella.

MARGARITA. ¡Jesús, Laura! Y qué cruel  
eres...

VIZCONDESA. ¡Uf! Me dá vergüenza  
pensarlo, yo que no quise  
casar con aquel tronera  
que tenía más millones  
que Rothschild. ¿No lo recuerdas?

MARGARITA. Y fué por bien poca cosa.  
*(Contenta de que la conversación haya tomado  
un giro distinto.)*

VIZCONDESA. ¡Por su nombre!

MARGARITA. ¡Friolera!

VIZCONDESA. ¡No te rías!... Se llamaba  
Tomás...

MARGARITA. ¿Tomás a secas?

VIZCONDESA. No recuerdo su apellido;  
pero...

MARGARITA. ¡Qué horror!

*(Con fingida aprehensión.)*

VIZCONDESA. ¿No te suena  
a cosa ordinaria?

MARGARITA. ¡Y mucho!

VIZCONDESA. Cómo yo, una vizcondesa,  
casó con un ciudadano  
que se llama Tomás... Veas  
tú qué nombre... con el tufo  
que tiene a gente plebeya...  
Le castigué como cumple  
a mi honor y mi nobleza...

MARGARITA. Yo, amiga Laura, no soy  
tan rígida... las riquezas

y los títulos, no pagan  
ni en un átomo la dulce  
dicha que el amor ofrece...

VIZCONDESA. ¡Bh! Sigues las quimeras  
del vulgo descamisado..  
Tú profesas las ideas  
del siglo a lo que parece:  
Esa es su gárrula necia.  
Crees por ventura, que existe  
un hombre, ni uno siquiera,  
que nos diga lo que siente  
o que nos ame de veras?

MARGARITA. ¡Oh! Si tal...

VIZCONDESA. Pecas de cándida.

MARGARITA. Te equivocas... fe completa  
tengo en mi Eduardo.

VIZCONDESA. ¡Tu novio!

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

MARGARITA. ¿Qué risa es esa?

¿Podrías duda abrigar? *(Con sobresalto.)*

VIZCONDESA. ¡Tu Eduardito! Buena pieza...

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!...

MARGARITA. Se ha despertado  
tu buen humor... no me pesa...  
ríete y así que acabes  
me dirás...

VIZCONDESA. Cuánta inocencia  
se cobija en tu alma pura.

MARGARITA. ¿Qué quieres decir con esas  
palabras?...

VIZCONDESA. Chica me asombro  
de tu candidez.

MARGARITA. ¿Qué piensas  
entonces? Dímelo, Laura,  
¿Sabes algo? ¿Qué sospechas?

VIZCONDESA. Nada... nada, que prosigas  
en tu confianza ciega...

y que recobres tu calma  
porque aunque algo supiera  
me guardaría el secreto  
por no trocar en pavesa  
tu venturosa ignorancia...  
¡Ja! ¡Ja! ¡Tu novio!

MARGARITA.

Me dejas  
en cruel incertidumbre...  
Algo sabes... ¿Te reservas  
conmigo, Laura?

VIZCONDESA.

No, chica.  
Los hombres, de mala cepa  
vienen, no hay uno sano.  
Les entró la filoxera  
desde principios de siglo  
y no hay químico que sepa  
dar con el mata gusanos  
de la enfermedad que reina.  
Ellos se mueren por todas,  
las morenas por morenas,  
las rubias porque son rubias,  
y hasta por variar las feas.  
Pedirles que se dediquen  
a una solo, es pedir peras  
al olmo, como que muchos  
por tener siempre la hoguera  
de su pasión encendida,  
se abrasan al fin en ella  
o mueren de apoplejía  
de mujeres... Si no fueran  
tan precisos, Margarita!...  
Pero puede que tú seas  
*(Con mucha ironía.)*  
la dichosa maravilla,  
una excepción de la regla;  
y que Eduardito te ame  
de verdad... puede que sea

tu novio de mazapán  
de Toledo, o blanda cera,  
¡ja!, ¡ja!, ¡ja!...

*(A medida que crece el interés de Margarita  
aumenta la risa de la Vizcondesa. Esta per-  
manece un buen espacio riéndose a carca-  
lacas.)*

MARGARITA. Me estás matando;  
acaba, por Dios, me quemas  
el pecho, con el tizón  
de la duda; cuanto sepas  
dime ya.

VIZCONDESA. ¡Qué tontería!  
apurarse por quien juega  
con nuestra cara esperanza  
sin sentir afán ni pena...  
¿Sabes que es un jugador  
*(Con seriedad muy cómica.)*  
tu novio de mucha flema?

MARGARITA. ¿Jugador? *(Con ingénua sorpresa.)*

VIZCONDESA. De carambolas...  
*(Vuelve la Vizcondesa a su risa.)*

MARGARITA. ¿Con mi ansiedad te bromeas?...

VIZCONDESA. Tiene un pulso muy seguro:  
Mira, chica, no te duermas.  
Hace cada carambola...  
Pero que tan boba seas...  
Ni al mismo Fernando séptimo  
se las ponían más cerca.

MARGARITA. Me jura su amor...

VIZCONDESA. Floreos;  
floreos en toda regla.

MARGARITA. ¡Alguna vez!...

*(Involuntariamente se le escapan estas frases  
a Margarita.)*

VIZCONDESA. ¿Retrosesos



- de banba a banda? Si juega tu novio que es un primor.
- MARGARITA. ¡Ay, amiga, y cómo extremas tus chanzas! (*Suenan las once en un reloj de la estancia.*)
- VIZCONDESA. ¿Qué oigo? Las once; me retrasé... Con Dios queda.
- MARGARITA. Espera un poco.
- VIZCONDESA. No puedo.
- MARGARITA. Pues dí entonces que bromeas...
- VIZCONDESA. Si todo Madrid lo sabe...
- MARGARITA. ¡Dios mío! ¿El qué?
- VIZCONDESA. (*Con aire confidencial.*) Con franqueza...
- MARGARITA. ¡Ah! ¡Por fin!
- VIZCONDESA. Mucho cuidado con tu angelical Teresa.  
¡Ja! ¡Ja! (*Ya tiene bastante.*)  
(*Vase por el foro.*)
- MARGARITA. Clavado el dardo me deja.

## ESCENA XII

MARGARITA

¡Laura! ¡Mi primo! Los dos derraman la misma hiel en mi alma... ¡Qué cruel sospecha! Mátame ¡oh Dios! Si me ha engañado el infiel. ¡Teresa! ¿Por qué Teresa se mezcla en mi pensamiento?... ¡Ellos dos!... ¡Mentira! Siento repugnancia a creer en esa invención de mi tormento. Pero al fin si mis recelos consigo desvanecer,

traidor el mundo ha de ser.  
De todos modos, ¡oh cielos!  
¡Infamia tiene que haber!  
Si él me amara... Si leal  
correspondiera a mi amor...  
¿Sentiría yo el rigor  
de esta sospecha fatal?...  
¡Me está engañando el traidor!

### ESCENA XIII

DICHO, EDUARDO con una rosa en la mano por el foro.

EDUARDO. ¡Margarita! No hubo flor  
en tu jardín más hermosa;  
acepta esta linda rosa  
como prenda de mi amor.  
¡Y tú! ¡Oh flor! Que presumes  
de ser maravilla y gala  
del rico vergel... exhala  
en su pecho tus perfumes.  
Será tu dicha infinita...  
Será grande tu embeleso  
conque le arranques un beso  
a mi dulce Margarita.

MARGARITA. ¿Conque tan fino el Tenorio  
*(Con ironía al través de la cual se vislumbra  
bullen reconcentrados los celos.)*  
ofrece a su amada flores  
con las palabras mejores  
de su amante repertorio?  
Nunca tan galante ví...  
Nunca fueron tus miradas  
tan tiernas y apasionadas  
ni mayor tu frenesí.  
Corre a ofrecer esa flor

a la deidad hechicera  
que es tu pasión verdadera.  
Vete y enmienda el error...  
me ofreces lo que no es tuyo...  
¡Oh! ¿Estuvieras satisfecho  
de que ostentara en mi pecho  
lo que pertenece al suyo?

EDUARDO.

¡Margarita! *(Deja caer la rosa.)*

MARGARITA.

Eso jamás. *(Con altivez.)*

Tus flores no necesito...  
A nadie el derecho quito.  
En mí no pienses ya más.  
*(Vase por la puerta derecha.)*

#### ESCENA XIV

EDUARDO

¡Cielos! ¿Qué ha ocurrido aquí?  
Lo que en el pecho se encierra.  
Lo que no toca en la tierra.  
Lo que a nadie descubrí.  
¡Aliento! Invisible aroma  
del corazón desprendido...  
¿En qué forma me has vendido?  
Cuerpo el pensamiento toma  
burlando la voluntad  
de los hombres y el secreto  
de su alma presenta escueto  
a la vil publicidad.  
¿Quién ha sido el delator?  
¿Imprudentes las miradas  
entrebrieron descuidadas  
el santuario de mi amor?  
¡Imposible! Margarita,  
una piedra al aire echó

y por acaso me dió  
donde la calma me quita.  
¡Amor! Queda sepultado  
cuanto antes bajo la losa  
de mi deber... Sé dichosa,  
Teresa, que aún soy honrado;  
y ahora, vamos a ver,  
quien más puede en puridad,  
si una firme voluntad  
o el amor de una mujer.

### ESCENA XV

DICHO, EL BARONCITO por el foro.

BARONCITO. Soy yo...

EDUARDO. ¡Eh! (El baroncito.) *(De mal humor.)*

BARONCITO. Me place encontrar aquí  
al venturoso galán  
prez y gloria de Madrid.  
*(Con marcada intención.)*

EDUARDO. No tanto, señor baron. *(Con énfasis.)*

BARONCITO. Bromista te encuentro.

EDUARDO.

Dí:

¿Te crees un varón de broma?

BARONCITO. ¿No estás de humor?

EDUARDO.

Pues seguir

me ves con tus bromas, creo  
que es la pregunta pueril...

¿Qué se miente por la villa?...  
Tú eres el sér más feliz

que conozco... No hay noticia  
que no sepas. *(Por decir algo.)*

BARONCITO.

Vivo así

como el pez en su elemento.

¿Pero se puede vivir

o encontrar algún placer  
de otra manera en Madrid?  
Si no fuese por el juego...  
algún que otro desliz  
y la crítica diaria  
de los escándalos mil  
que ocurren... ¿Dónde placer,  
podría encontrar aquí,  
un joven con diez millones  
de capital? ¿A dónde ir  
que no fuese acompañado  
del fastidio que es al fin  
la polilla que nos roe  
y que es fuerza destruir?

EDUARDO.

En efecto, amigo mío.  
Fuera empeño baladí  
pretender de otra manera  
hallar vida más feliz...

BARONCITO.

Ya lo creo...

EDUARDO.

Sobre todo  
para jóvenes así... *(Con mucha ironía.)*  
Bien dices, es tu elemento.  
Tú eres el paladín  
de la moda y del buen tono...

BARONCITO

¿Quién, sino yo, descubrir *(Encarecido.)*  
puede mañas y secretos,  
conque pretende el desliz  
ocultarse á las miradas  
de la crítica sutil?  
Me han hecho su confesor  
las damas y claro, así,  
descubro cada tramoya...  
cada intriga mujeril...  
que oyéndolas muchas veces  
cierto súbito carmín  
siento que sube a mi rostro.

EDUARDO.

¿Será eso vergüenza?...

BARONCITO.

Mira

que ruborizarme a mí...  
Ahora el protagonista,  
el que ocupa de Madrid  
la atención toda... ¿Presumes  
quién es? *(Con cierto retintín.)*

EDUARDO.

¿Y quién presumir  
puede entre tantos tenorios?...

BARONCITO.

Vaya, te cubre el hollín  
del abandono en que vives...  
Disimulas a las mil  
maravillas...

EDUARDO.

¿Pues quién es...  
de la fama el adalid?  
No soy curioso...

BARONCITO.

Me place  
tu disimulo; un gentil  
musulmán. *(Con cierta sorna.)*

EDUARDO.

¿Cuento morisco?...

BARONCITO.

Ama el galán a una hurí  
que esposó con un rey moro  
ya muy viejo y fué el ardid  
que emplearon los amantes  
lo más ingenioso aquí.  
Tiene el sultán una hija  
bella como un serafín...  
La pide el sátrapa amores  
y concedidos, así  
puede hablar a la sultana  
en su propio camarín;  
en tanto que el pobre viejo  
sin sospechar el ardid  
por su mano abre las puertas  
a su rival...

EDUARDO.

¡Infeliz!

El viejo peca de ganso.

BARONCITO.

¿Te ha gustado el cuento, dí?

EDUARDO. Tiene sabor oriental.  
BARONCITO. Pues es del mismo Madrid.  
¡Ja! ¡Ja! Lance más chistoso.  
EDUARDO. ¿Esa risa? ¡Eh! ¡Necio de mí!  
Todo lo comprendo ahora...  
¡Entendimiento infeliz!...  
Sultán viejo... mujer joven...  
y su hija bella... Mentís...  
Yo te aplastaré calumnia  
o dejaré de existir.  
BARONCITO. ¿Qué te pasa?  
EDUARDO. Que tu cuento  
me hizo feliz... ¡Muy feliz!...  
Mas cuida de divulgarlo  
como sueles por ahí,  
porque bien puede que alguno  
te haga sus iras sentir.  
Tenlo presente... Esta casa  
se ha cerrado para mí. *(Vase por el foro.)*

## ESCENA XVI

### EL BARONCITO

No estaba de humor, de fijo...  
El cuento no le hizo gracia.  
Y lo extraño, cuando es  
quien la mejor parte saca...  
Perro que gruñe y se lleva  
la más sabrosa tajada.  
No comprendo al mentecato...  
Yo daría por su plaza  
dos millones... Está loco,  
sino aun me diera las gracias...  
¡Calle! ¡Qué veo! Una rosa;  
*(Reparando en la rosa que dejó caer Eduardo.)*  
¡linda flor!, fresca y lozana...

Cuántas historias sé yo  
que en una rosa descansan.  
Una flor es el usual  
instrumento de las damas  
metidas en amoríos  
y galantes asonadas;  
cada hoja es un secreto  
donde se encuentra encerrada  
la clave de algún enigma  
amoroso. ¡Cuántas ansias  
se nutren con sus perfumes!  
La naturaleza es sandia  
ofreciendo a dos amor  
sus aromáticas galas  
metiéndose en tercerías  
que con desprecios se pagan.  
¡Oh flor, que a mis manos llegas  
en ocasión tan extraña!  
¿De dónde vienes y a dónde  
el placer te destinaba?  
Aquí viene la condesa.  
Mejor dicho, la sultana.

### ESCENA XVII

DICHO, TERESA por la derecha.

BARONCITO. ¡Condesa!... Mire qué flor  
tan linda hallé en esta sala...

TERESA. Perfume exquisito exhala...

BARONCITO. Merece asilo mejor  
del que yo darle podría...

*(Con galantería.)*

TERESA. Cedo a su galante empeño  
hasta que encuentre su dueño  
ya que esta rosa no es mía...



*(Colócase la rosa que le ofrece Eduardo en el pecho, pero sin afectación; de un modo natural.)*

¿Eduardo no estaba aquí?  
Su voz oír he creído..

BARONCITO. En este punto ha salido.  
(No oculta su frenesí.)

*(El Baroncito interpreta las palabras de la Condesa en el sentido del interés que supone le inspira Eduardo.)*

TERESA. Tal vez es suya la flor.

BARONCITO. Tal vez... *(Con malicia)*

TERESA. ¿Mas cómo ha caído  
la pobre en tan triste olvido,  
si fué una prenda de amor?

BARONCITO. ¿Eso quería decir?

*(Le idolatra, es ya seguro.)*

*(Asombrado de la claridad conque él cree expresa Teresa sus sentimientos.)*

TERESA. ¡Pobre Eduardo! Me figuro  
que no ha podido cumplir  
mi penitencia.. Son lances  
Enrique de enamorados.

BARONCITO. Bien lo veo, y de casados:  
sobran, condesa, percances.

TERESA. Un gesto mal comprendido,  
frialdad cuando hay pasión,  
una léve distracción,  
cualquier pasajero olvido  
nos irrita, pero es nube  
de verano, luego pasa  
y más rendido a la casa  
de su amor, el galán sube.  
¿Dónde andará? ¿Qué apostamos  
a que se halla en el jardín?

BARONCITO. *(No hay en su rostro carmín.)*

(¡Le busca!), mi brazo.  
(Ofreciendo su brazo a Teresa.)

TERESA.

Vamos.

(Vanse por el foro al mismo tiempo que sale Margarita.) (Esta vé en el fondo del espejo colocado en el foro, la imágen de Teresa con la rosa en el pecho. Este detalle, unido a sus sospechas, viene a ser para Margarita como una suprema revelación. En su alma se mezclan los sentimientos. Su acento debe respirar vergüenza, ira y despecho.)

### ESCENA XVIII

DICHOS, MARGARITA derecha.

¡Malhaya mi aciaga estrella!  
Siento vergüenza y despecho...  
La rosa lleva en el pecho.

(Desde luego supone que aquella flor es la que rechazó de Eduardo.)

Se aman, no hay duda. ¡Es ella!  
(En esta exclamación condensa el resultado de todas sus anteriores sospechas.)

La he visto: me dió esa luna  
de su imágen el reflejo.

¡Se ha retratado en mi espejo  
mi desdichada fortuna!

(Estos últimos versos con mucho dolor.)

## ESCENA ULTIMA

EL CONDE por el foro estrujando un papel. En su acento y en su actitud revela una gran indignación.

CONDE. ¡Infame anónimo!... Presa quiere hacer de un hombre honrado. Mira, manchar han tratado el honor de la condesa.. Rasga ese infame libelo. ¡Villanos!

*(Cerrando los puños con ira y mirando al foro de un modo amenazador.)*

MARGARITA. Quién sabe si esto será algún aviso del cielo.

*(Con misterio y entonación que deja petrificado al Conde que quisiera ver indignado al mundo entero.)*

CONDE. ¿Cómo? ¿No te has indignado?...

MARGARITA. Es mujer, puede pecar. Debes tu honra guardar.

*(Con temor de que la realidad cause demasiado terrible efecto en el Conde.)*

CONDE. ¡Margarita!... ¡Me has matado!

*(El instinto del Conde advierte que hay algo oculto en las palabras de su hija. La sola idea de que exista alguien que no piense como él respecto de la honra de Teresa, dentro de su casa, le deja frío. Margarita le asesta con sus frases la primera puñalada.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO



## ACTO SEGUNDO



La misma decoración del acto primero.

### ESCENA PRIMERA

#### EL BARONCITO.

O mucho me engaño o hay  
mar de fondo en esta casa.  
El conde preocupado:  
la condesa retirada  
en su aposento, y mi prima  
sin salir... Tengamos calma...

*(Se sienta.)*

Debo estar enamorado  
de mi prima... Tiene gracia,  
ser de otro su corazón  
y más las esperanzas;  
aunque yo las amo a todas  
(claro está que si son guapas)  
en general... No hay una  
que no despierte mis ansias...  
Margarita es una perla  
que cautiva las miradas...  
¡Si fuera libre!... ¡Me admiro!  
Tuve la dicha en la palma  
de la mano y no la quise,  
y ahora que se me escapa,  
la idea de ser su dueño  
con vivo empeño me asalta.  
Aquí llega...

ESCENA II

DICHO, MARGARITA por la puerta lateral izquierda.

MARGARITA. No me riñas  
Enrique por mi tardanza...

BARONCITO. Al contrario; demandarte  
humilde perdón pensaba...  
Porque acaso mi visita...  
*(Se sientan. Enrique algo apartado.)*

MARGARITA. Pensabas muy mal.

BARONCITO. Me cansa  
todo en Madrid, menos verte.

MARGARITA. ¿No te acercas? *(Muy preocupada.)*

BARONCITO. *(Las distancias  
quiere estrechar.)* Que me place.  
*(Lo que ya dije, me encanta.)*  
¿Y bien prima?

*(Después de un momento de silencio y obser-  
vando la indecisión de Margarita.)*

MARGARITA. Dime, Enrique...

¿Tú dudas que Eduardo me ama?

BARONCITO. ¡Eduardo! ¿Pero a qué viene?...  
Ese hombre cegó tu alma.

MARGARITA. Hemos tronado.

BARONCITO. ¿De veras?  
Me alegro, digo, ¡qué lástima!...  
Lo siento; mas la noticia  
ningún asombro me causa.

MARGARITA. ¿Qué presumías?

BARONCITO. El flaco  
de tu novio...

MARGARITA. *(Con sequedad.)* ¡No me amaba!

BARONCITO. ¿Pero quién, a una mujer  
de tal modo apasionada

- por un hombre, va a decirle  
que renuncie a su esperanza?
- MARGARITA. Exajeras mi cariño;  
me ofende que así pensaras..  
Le amaba, pero no tanto..  
No soy de mi afecto esclava..  
Ya nada siento por él..  
Casi le odio... *(Con visible emoción.)*
- BARONCITO. ¿Y las lágrimas  
que hay en tus ojos? Cualquiera  
creería que una desgracia  
te acontece irremediable.  
Prima, castiga su audacia;  
de ciegos adoradores  
te contemple rodeada..  
Deslúmbrate, y cuando vuelva  
con nuevo amor a tus plantas,  
cuando más rendido esté,  
con tus desaires le matas.
- MARGARITA. ¡Sí!... Seguiré tus consejos;  
cruel será la revancha..
- BARONCITO. ¡Bravo! Así te quiero ver..  
No llorosa ni apenada,  
porque al cabo él no merece  
ni una sola de tus lágrimas..  
Mas siento curiosidad  
porque me digas la causa  
de vuestra ruptura..
- MARGARITA. Fué  
por cosa pequeña... nada;  
que me irritó su desvío.
- BARONCITO. Otra cosa recelaba..
- MARGARITA. ¿Cuál, primo?
- BARONCITO. Creí que habías  
adivinado... Sé franca:  
¿No sabes lo que se dice  
por Madrid?

- MARGARITA. Ni una palabra.
- BARONCITO. Urgía mucho que Eduardo no frecuentase esta casa.
- MARGARITA. ¿Y por qué razón? (¡Ay Dios!)  
*(Adivinando que se trata de los supuestos amores de Teresa con Eduardo.)*
- BARONCITO. Malas lenguas afirmaban que a ella por tí no venía.
- MARGARITA. ¡Por la condesa!... *(Involuntariamente.)*
- BARONCITO. ¡Una infamia!  
Pero así y todo, su ausencia se hacía ya necesaria.
- MARGARITA. ¡Qué humillación! ¡Qué vergüenza!  
¿Y quién inventó?
- BARONCITO. La fama  
nace a veces con el eco  
de una expresiva palabra...  
Una lisonja furtiva,  
un cruce en la Castellana...  
Una sonrisa en el palco,  
o el fulgor de una mirada,  
suelen revelar a veces  
lo que se esconde en el alma,  
o atribuye la malicia  
del que de enredos va a caza.
- MARGARITA. Pero eso es horrible, primo;  
¿de tal manera se arrastra  
una honra por el lodo?...
- BARONCITO. Convengo; es una desgracia...  
Quiero suponer que ella  
es ajena a cuanto pasa...  
Exigía la prudencia  
poner al mundo una valla...  
Lo exigía así el buen nombre  
de tu papá...
- MARGARITA. ¿Y mi esperanza?...  
¿Y mi amor nada suponen?

- BARONCITO. ¿Pero tu novio te amaba?  
¿No dices que su desvío  
de la ruptura fué causa?...
- MARGARITA. Tienes razón; no hay camino  
abierto para mi alma...  
El mundo se ha conjurado  
contra mí...  
*(Se deja vencer por la amargura de su si-  
tuación.)*
- BARONCITO. ¿Ya te apesaras  
de nuevo?
- MARGARITA. No soy de roca  
y es muy fuerte mi desgracia...  
¿De ira y vergüenza suben  
a mi rostro llamaradas!
- BARONCITO. El reposo calmará  
tus penas. *(Levantándose.)*
- MARGARITA. ¿Te vas?
- BARONCITO. Descansa.  
Te veo muy conmovida.
- MARGARITA. Adiós, pues.
- BARONCITO. *(Vase por el foro.)* Su mano abrasa.

### ESCENA III

#### MARGARITA

¡Qué dolorosa mudanza  
ha venido de repente  
a oscurecer el sonriente  
porvenir de mi esperanza!  
No volverá... No hizo ayer  
su acostumbrada visita...  
¿Pero si el verle me irrita,  
para qué le quiero ver?...



¡Dios mío! ¡Qué desengaño!  
No me ama... No quiero verle;  
pero perderle... ¡Perderle!  
¡Eso es lo que me hace daño!...

#### ESCENA IV

DICHO, TERESA por la derecha. Margarita se levanta.

MARGARITA. ¡Ella! *(Hace ademán de retirarse.)*

TERESA.                   Aguarda Margarita...  
*(Con acento de súplica pero con majestad.)*

MARGARITA. ¿Qué me quiere?...

TERESA.                   Ceño adusto

me pones; no es eso justo.

MARGARITA. Que lo es una voz me grita  
del fondo de mi conciencia.

TERESA.                   Pues en tal oscuridad  
por una extraña demencia...

¿Que sepa yo mi delito?

¡Huyes de mí! ¿Qué razón

te abona? Una explicación  
muy natural solicito.

¡Ah! Margarita... ¿Qué genio

maléfico se ha filtrado

por tu sér que ha perturbado

bondad, reflexión, ingenio,

cuento puede un pensamiento

delicado en la criatura

suponer y la hermosura

eran de tu entendimiento?

MARGARITA. De tal suerte se ha mezclado

la verdad con la mentira,

que hasta inocencia respira

el acento del culpado!

*(Con indignación.)*

TERESA. Y si esto verdad no arguye...  
Si esto inocencia no es...

¿A qué villano interés  
mi mentira se atribuye?  
¿He de ignorar mi pecado?

MARGARITA. Es su ignorancia muy crasa.  
(Con ironía.)

TERESA. ¿Quién la dicha de esta casa  
de tal modo ha trastornado  
que la sombra del recelo  
cuya aparición me espanta  
a dónde yoy se levanta?...  
Escueta imágen de hielo  
que silenciosa me sigue;  
la paz de mi hogar allana  
y hasta mi lecho profana  
porque hasta en él me persigue?

MARGARITA. Repase usted su memoria...

TERESA. Ya lo hice...

MARGARITA. ¿Y qué encontró?

TERESA. Mucho que no torturó  
mi honradez, mi única gloria..  
(Con dignidad.)

Ayúdame tú... No hay dique  
para un leal acusador..  
Pon en juicio, hasta mi honor;  
aunque esto me mortifique..  
Comienza ya...

MARGARITA. ¿No ha tenido

para la fe conyugal  
ni una idea criminal?  
¿Ajeno amor no ha podido  
penetrar en el santuario  
de su virtud?

TERESA. ¡Margarita!

MARGARITA. Ningún hombre solicita  
su favor y al temerario

no le otorga ni un latido  
su pecho, ni un pensamiento  
tuvo para él, ni un acento  
a espaldas de su marido?

TERESA.

¿Tal sospechas, Margarita?...

*(Asombrada de que dude de su fidelidad.)*

MARGARITA.

¿Será ese llanto flaqueza

o amargura? (Su belleza  
junto a su dolor me irrita.

¡Es más hermosa que yo!)

TERESA.

No te detengas, cruel...

acaba; dí quién es él!...

MARGARITA.

¡Me asombra! Su nombre no

saldrá nunca de mi boca.

TERESA.

Pero lo sabes. ¡Qué horror!

¡Consientes mi deshonor!...

MARGARITA.

A usted recordarlo toca...

TERESA.

A mí, ¿dices? ¡Oh, Dios mío!

¿Por qué para defender

su inocencia la mujer

le ofreces este vacío

y para manchar su honor,

puro cual limpio cristal,

hasta el aire por su mal

propala el falso rumor?

Te juro a fe de Teresa

que soy inocente; jura

quien nunca ha sido perjura!...

Conservo mi honra ilesa.

¿Dudas aún?... ¡Infelice

mujer; ya cuánto has perdido!...

Que dar crédito has podido

al infamador se dice...

MARGARITA.

¡Bah! No me engañan mis ojos.

*(Con crudeza. Al oirla Teresa se queda atónita, vacila y por fin exclama con acento profundo.)*

TERESA. ¡Mientes!... A otro tribunal  
te voy a exigir justicia...  
No ha de vencer la malicia  
contra el honor conyugal...  
¡Fernando! ¡Fernando! Ven.  
*(Se dirige al foro.)*

MÁRGARITA. ¿Qué intenta?

TERESA. No me detienes.  
¡Fernando! ¿Por qué no vienes?

### ESCENA V

DICHOS, EL CONDE sombrío por el foro derecha.  
Se detiene en último término.

TERESA. ¡Fernando, sé tú mi juez!  
Se pone en duda mi honor;  
se arroja sobre tu frente  
villano estigma... Presente  
tienes a mi acusador.  
Mírale y mírame a mí  
y falla sin vacilar...  
*(Pausa. El Conde continúa en el foro mudo  
y grave.)*  
¿Te detienes a pensar  
cuando me ahoga el frenesí?...  
*(Nueva pausa.)*  
¿Callas tú también? ¡Vacilas!  
Estalle ya tu recelo...  
¡Ah! Son tus labios de hielo  
y de sombra tus pupilas.  
*(Al observar la fría y severa actitud del  
Conde.)*  
¡Qué semilla tan fecunda  
la de la calumnia!... ¡Ayer  
se sembró acaso y doquier

ya el fruto podrido abunda!

*(Con arranque soberbio.)*

¡No habrá término que pueda  
poner fin a mi agonía!...

*(Con acento quejumbroso.)*

Si mi esposo desconfía  
de mi honra... ¿Qué me queda?...

*(Prorrumpe en amargos sollozos dejándose  
caer en un sillón.)*

CONDE.

Retírate Margarita.

*(Señalando a Margarita su habitación de-  
recha.)*

MARGARITA.

¡Me asustas!... Abre tu pecho

a la compasión... *(Vase por la derecha.)*

TERESA.

¿Qué has hecho?

## ESCENA VI

TERESA, EL CONDE se aproxima silencioso a Teresa. Siente impulsos de abrirle los brazos al ver la sinceridad de su dolor, pero se lo impide la duda que le atormenta y exclama:

CONDE.

¡Incertidumbre maldita!

¡Mujer! Si no eres culpable  
compadece a un obcecado...

El dardo llevo clavado  
de una duda miserable  
en el fondo de mi alma...

Quiero Teresa, escapar  
a su influjo y al azar  
vago desde ayer sin calma;  
pero en todas partes hallo  
materia para mis dudas,  
sé que me eres fiel y en rudas  
incertidumbres batallo...

TERESA.

Cuán deleznable es tu fe...

*(Levantándose.)*

que a la menor sacudida  
yace en tierra, y sorprendida  
por la calumnia se vé?

Tu conducta es increíble.

¿Qué fundamento la escuda?

¿Es una llama la duda  
que arde sin combustible?

CONDE.

¿Piensas que lo sé yo mismo?

El áspid pica y se esconde...

Ciego estoy, no sé por dónde  
habré caído al abismo,

pero que sepas es bueno  
que todo Madrid lo sabe!

Que más vergüenza no cabe  
en más repugnante cieno.

¡Qué os amáis Eduardo y tú!

¡Qué me ha sido traidor él!

¡Qué tengo una esposa infiel!

TERESA.

*(¡Santo Dios!) (Estremeciéndose.)*

CONDE.

¡Por Belcebú!

*(Cogiendo rudamente a Teresa de un brazo.)*

no tiembles ni palidezcas...

Mientras yo viva y te ame

Teresa, la prueba infame

por ti misma no me ofrezcas...

Júrame que no ha sentido

por ese hombre, ni un momento,

tu alma, ni un pensamiento,

tu corazón, ni un latido.

TERESA.

Lo juro; con condición

*(Dice "Lo juro" con nobleza. Después pausa  
y sigue el verso.)*

que no juraré dos veces...

Si de nuevo desfalleces

y se ofusca tu razón,

satisface tus rencores.  
Me matas, enhorabuena;  
pero de esta amarga escena  
evítame los dolores.  
Mátame sin compasión:  
sin darme tiempo a pensar  
que quien así te hace obrar  
es la vil murmuración. *(Con amargura.)*  
Ahora que Eduardo venga.  
*(Con nobleza.)*

CONDE. Lo exige así mi reposo...  
Le pediré ante mi esposo  
que mi inocencia mantenga.  
A Eduardo se lo ha tragado  
la tierra... No se le encuentra  
por parte alguna... El concentra  
mis miras... Ya le he buscado  
con ardor inútilmente...  
El único que debía  
poner punto a mi porfía  
era él y sordamente  
la borrasca se formó  
de mis dudas. ¿Por qué huye?  
me dije... ¿Por qué rehuye  
nuestra presencia? Así yo  
he llegado hasta dudar  
de tu virtud... ¡Soy tan viejo,  
Teresa, que ya me dejo  
como un muchacho engañar!  
Te creo, sí... ¡Ah! Respira  
en tu frente la pureza...  
Ella a separar empieza  
la verdad de la mentira!  
¡Fernando!

TERESA.

*(Acercándose al Conde hasta colocar entram-  
bas manos sobre sus hombros.)*

CONDE.

¡Parece un sueño

la dicha de poseerla!...  
¡Oh! Lástima que esta perla  
no pertenezca a otro dueño...

TERESA.

¿Qué dices? (*Separándose.*)

CONDE.

Perdonamé:

TERESA.

tal vez me guardas rencor...  
Fernando, tuyo es mi amor  
y mi esperanza y mi fe.

(*Volviendo a los brazos del Conde.*)

Tente a ti más caridad:  
Si así piensas, no es extraño  
que labres tu propio daño  
por vana puerilidad.

CONDE.

¿Qué? ¿No es lástima que el sol  
por tantos necesitado,  
preste a un yermo desolado  
su más hermoso arrebol?

Teresa, puede el deber

(*Casi al oído de Teresa con voz muy conmovida.*)

resistir a todo afán...  
incorruptible guardián  
del honor de la mujer?...  
¡Es ruindad esto! Miseria  
de mi espíritu quizás!...  
¿No le sobornan jamás  
los goces de la materia?  
¡Qué yo declinando voy!...  
¡La vejez en mi martirio!  
Tú eres temprano lirio.  
¡Yo encina caduca soy!  
Tanto puede envejecer  
la encina... ¡Se puede tanto!  
Lisonjear el encanto  
del lirio, que llegue a ser  
su coyunda desigual,  
si no chochea mi juicio,



TERESA. para el uno un sacrificio  
y para el otro un erial!  
¡No, Fernando!

*(Estrechándose más a su marido.)*

CONDE. No prosigas.

Sé que he dicho un desatino...  
Lo sé, y por ese camino  
no es menester que me sigas...  
Déjame, vé a tu aposento...

*(Separándola dulcemente de sus brazos, muy conmovido.)*

El llanto es debilidad  
en el hombre... ¡Soledad  
me reclama el pensamiento!

*(Vase Teresa por la izquierda. El Conde se sienta.)*

## ESCENA VII

### EL CONDE

¡Sí! Es pura y virtuosa  
como la misma virtud...  
Mi miserable inquietud  
no es digna de tal esposa...  
Solo hay que ver el destello  
de su mirada triunfante,  
o mirarse en su semblante,  
para convencerse de ello...  
Encontró débil mi fé  
el mundo y echóme un cable,  
y ciego cual miserable  
náufrago, a él me agarré...

ESCENA VIII

DICHO, AGUSTIN por el foro izquierda.

AGUSTÍN        ¡ Señor! *(Con gran interés.)*

CONDE.                ¿ Tú? Dí lo que quieres  
y vete.

AGUSTÍN.            Cumplí su encargo.

CONDE.                ¡ Ah! ¿ También tú? No necesito  
saber nada... ¿ Qué has pescado  
en esa corriente turbia?  
Vete... Espera... ¿ Sabes algo?  
*(Levantándose.)*

AGUSTÍN.            Si el señor me lo permite,  
contaré...

CONDE.                No seas tardo.

AGUSTÍN.            Llegué a la casa... Una moza  
campesina me abrió paso...  
Y en el fondo de una alcoba  
vi una cuna y acostado  
en ella a un hermoso niño...

CONDE.                *(Me asesina este bellaco.)*

AGUSTÍN.            Luego pude averiguar,  
pues buena maña me he dado,  
que a la casa suele ir  
una señora de rango,  
que le dá un beso al infante  
al despedirse, con algo  
de ese interés que una madre  
siente por su hijo...

CONDE.                ¡ Menguado!

Vete ya de mi presencia;  
pero no; sigue...

AGUSTÍN. (Me escamo:)  
CONDE. Sigue, Agustín; de mi cólera  
te permito no hacer caso.  
¿No te dijeron las señas  
de esa mujer?...

AGUSTÍN. Su retrato  
me hicieron...

CONDE. ¿Es joven?  
AGUSTÍN. Sí.  
CONDE. ¡Esbella!  
AGUSTÍN. Cabal, un pálido  
matiz su rostro hermosea...  
CONDE. Basta ya... Agustín, te encargo  
el mayor secreto... Vete.  
(Vase por el foro.)

## ESCENA IX

### EL CONDE

Si dejo que siga hablando  
me dice que es mi mujer;  
y si lo dice, lo mato. (Pausa.)  
¡En algo el mundo se apoya!...  
Luego el rumor no es tan falso.  
Es el hecho verosímil  
y además existen datos...  
Joven y esbelta, en el rostro  
un hermoso matiz pálido...  
La hermosura de Teresa;  
en esto sí que acertaron.  
Comienza a bullir de nuevo  
mi cabeza... ¡Qué insensato

soy, ya casi me inclino  
a aceptar lo que fraguaron  
casualidad y malicia  
contra mi honor, no manchado.  
¡Bah! ¡Deshonra más o menos!...  
¿Qué le importa echar al fango  
a otro lo que no es suyo?...  
¡Ah! ¡Si pudiera al villano  
autor de tanta desdicha  
conocer y así estrujarlo!...  
¡Teresa! Muy inocente  
tienes que ser, o es muy malo  
el mundo, sino juguetes  
o miserables esclavos  
del azar y de la suerte,  
somos los que así jugamos  
la honra, con más peligro  
que arriesgándola a los dados!

### ESCENA X

DICHO, LA VIZCONDESA por el foro izquierda.

CONDE. ¡La vizcondesa!

VIZCONDESA. Felices

conde... Vengo sudando

CONDE. Sí: porque hace un calor... (*Distraído.*)

VIZCONDESA. ¿Cómo? Si hace un frío bárbaro...

CONDE. Es verdad... No recordaba  
que en el mes de Enero estamos.  
Quiere ver a Margarita;  
convenido; está en su cuarto.  
Yo entre faldas no me meto,

les dejaré libre el campo.  
VIZCONDESA. ¿No sabe usted?  
CONDE. Todo, todo...  
VIZCONDESA. ¿Luego se han adelantado?  
¿Quién ha sido?  
CONDE. No recuerdo.  
Agustín, sino me engaño.  
*(Sale aquí Margarita.)*  
¡Necesito respirar  
el aire libre!... ¡Me abraso!...  
*(Vase por el foro.)*

## ESCENA XI

DICHO, MARGARITA por la derecha.

VIZCONDESA. ¡Margarita!  
MARGARITA. ¡Laura amiga!  
VIZCONDESA. ¿Tú ya sabes?  
MARGARITA. ¿Ocurre algo  
de nuevo?  
VIZCONDESA. Vamos, respiro.  
¡Conde!  
*(Volviéndose creyendo encontrar al Conde.)*  
MARGARITA. Papá ha volado.  
VIZCONDESA. ¿Nada te ha dicho?  
MARGARITA. ¿Quién? ¿El?  
¿Pues qué ha ocurrido?  
VIZCONDESA. Un escándalo  
mayúsculo en el Veloz...  
Una historia... botellazos...  
desafío... que sé yo...  
Y el protagonista, Eduardo.

MARGARITA. ¡Dios mío! ¿Y por qué motivo?

VIZCONDESA. ¡Por ella!...

MARGARITA. Me ha traspasado  
el corazón la noticia...

¿Y Eduardo se bate?

VIZCONDESA. Claro,  
por su dama.

MARGARITA. ¿Cuándo fué?...

VIZCONDESA. Presentóse anoche Eduardo  
en un círculo de jóvenes,  
donde se hablaba a destajo  
de aventuras amorosas  
y de deslices tapados,  
en ocasión en que iban  
sus amores en los labios  
unidos a cierto nombre  
que por prudencia te callo;  
chica, cogió al narrador  
del cuello, y le hubiera ahogado  
si no acudén en su auxílio.  
Después otros se encargaron  
de arreglar el duelo... ¿Lloras?  
Despréciale, es un menguado.  
No te amaba...

MARGARITA. ¡No me amaba!

VIZCONDESA. Supongo que habréis tronado...  
¿Eh?

MARGARITA. Para siempre.

VIZCONDESA. (*Con complacencia.*) Bien hecho.  
¿Y la modistilla?

MARGARITA. ¡Ingrato!

¡Hoy me temo una catástrofe!

VIZCONDESA. El conde peca de cándido;  
debe estar ciego sin duda  
cuando consiente el escándalo...  
Para estos casos... divorcio.  
Ese es el medio más práctico...

Mira, y me da compasión  
la chica, casi un milagro  
obró la suerte con ella  
y se le fué de las manos  
la fortuna, ¡y no imagines  
que deseo ajenos daños!  
No tal... de sus culpas sufre  
el amargo resultado:  
Dios nos manda perdonar;  
sigo el precepto cristiano.  
(Con hipocresía.)

## ESCENA XII

DICHOS, EL BARONCITO por la izquierda del foro.

VIZCONDESA. Pero aquí está el baroncito.

BARONCITO. Ya hay correo adelantado.

VIZCONDESA. ¿Supongo?...

BARONCITO. Todo lo sé;  
se excusa usted de contarlo.  
(Esta mujer es un águila  
cuando corre más que el gamo.)

VIZCONDESA. ¿Se batirán? (*Aparte al Baroncito.*)

BARONCITO. Ya lo han hecho.

VIZCONDESA. ¿De veras? ¿Y el resultado?

BARONCITO. Poco a poco... No conviene...

MARGARITA. ¿Qué murmuráis por lo bajo?

¿Se saben ya más noticias?...

BARONCITO. Lo que Laura te ha confiado  
solamente...

MARGARITA. ¿Cuándo tiene  
lugar el duelo?

BARONCITO.

Eso es largo  
Margarita, mas no creas  
que siempre llegan al campo  
esas cuestiones, a veces,  
y esto es lo más ordinario,  
terminan en Fornos... Sirven  
para pasar un buen rato  
en torno de alguna mesa  
entre el humo del tabaco  
y los picantes estímulos  
del paladar y el olfato...  
De un duelo fuí yo padrino  
que en Fornos dió batacazo  
y te aseguro que allí  
de tal modo se soltaron  
las lenguas, que hubo materia  
para duelos, más de cuatro,  
y allá se quedó olvidada  
entre manteles y platos.  
Esa es la historia de muchos  
desafíos, mientras tanto  
va el globo por el vacío,  
como otro dijo, rodando.  
No temas; no llegará  
la sangre al río; tu Eduardo  
es un buen chico.

VIZCONDESA.

Tal creo.

(Cuando éste le alaba tanto  
debe haber muerto en el duelo...  
está haciendo su epitafio.)

MARGARITA.

Enrique, ¿tú no podrías  
evitar?...

BARONCITO.

Ya lo he intentado;  
pero hija, ha sido gordo  
por esta vez el escándalo...  
La bola de nieve, ha ido,



con tanta vuelta, aumentando de volumen... Ya no es según dijeron, un caso de amor platónico; hay de por medio un tierno vástago... eso, usted, ¡no lo sabía!...

*(Con aire de triunfo a la Vizcondesa.)*

VIZCONDESA. Llena de asombro he quedado...

MARGARITA. ¡Con qué crueldad en mi alma se vá el puñal ahondando!

BARONCITO. Naturalmente, hay también nodriza, casa de campo, mimos, besos, despedidas y lágrimas y regalos.

MARGARITA. Pero es una grosería... Eso es cobarde y villano... Mentira que exista tanta liviandad... Se ha exagerado la falta de la condesa y de la calunnia el barro nos va llenando de lodo... Bien merece por honrado el hombre que protestara de ese proceder bastardo...

BARONCITO. Eso pienso yo también que es un proceder villano, porque al fin se me resiste a mi conciencia algún tanto... Pero así es el mundo, prima.

MARGARITA. Mundo miserable y malo...

VIZCONDESA. Cierto que es grave el suceso; y si solamente hablaron por gusto de manchar honras, es más que falta, es pecado.

MARGARITA. Más aun que pecado... un crimen inaudito...

VIZCONDESA. Habrá algún dato,

siquiera insignificante;  
un perfil habrá bastado  
a esa gente para hacer  
todo el calumnioso cuadro...  
¿No sabe usted? *(Con malévola intención.)*

BARONCITO. Hay quien dice  
que ha visto al propio muchacho:  
otros que saben la casa;  
quién al ama ha sobornado...  
Pero mienten de seguro...

VIZCONDESA. ¡Coincidencias!

BARONCITO. Lo malo  
es el ardor que empleó  
para defenderla Eduardo,  
sabiendo lo que ocurría...  
*(Con implacable reticencia.)*

VIZCONDESA. Ha dado usted en el clavo.

MARGARITA. ¡Y a mí me ha dado en el pecho!

BARONCITO. Si hubiese sido un extraño,  
enhorabuena, es muy justo  
que defiendan los hidalgos  
la honra de las casadas,  
metiéndose por un alto  
y generoso desvelo  
a desfa

VIZCONDESA. Y que ha hecho mal es seguro;  
*(Aquí aparece Teresa por la izquierda, deteniéndose en el dintel de la puerta sin que los actores se aperciban de su presencia.)*  
su conducta dará pábulo,  
a que después del suceso,  
se crea a puño cerrado  
lo que antes era dudoso.

BARONCITO. Así es como van pasando  
las congeturas a hechos  
y las sospechas a datos.

- Con lo cual queda el problema  
de sus incógnitas franco.
- VIZCONDESA. Mereció un atroz castigo  
quien inventó aquel adagio  
de que *cuando el río suena...*
- MARGARITA. ¿Conque tal se mostró Eduardo?
- BARONCITO. ¡Furioso!...
- MARGARITA. ¡Será posible  
que le maten!...
- BARONCITO. Su adversario  
por fortuna no es muy ducho;  
¡es el marqués de San Lázaro!...
- VIZCONDESA. Un joven... te lo conté!...  
que hace tiempo separado  
vive de su esposa... Enrique,  
si no ha mucho me contaron  
que es todo un espadachín!
- MARGARITA. ¡Ay, Dios mío!...
- BARONCITO. (Ya lo ha echado  
a perder.) ¡Bah! ¡Bah! Cualquiera  
puede ganar un asalto  
y creerse ya un maestro...
- VIZCONDESA. Diga usted: ¿ha muerto Eduardo?  
(*Aparte al Baroncito.*)
- BARONCITO. Eso se corre.
- VIZCONDESA. ¡Jesús!  
Y quién le dá tan mal trago?

ESCENA XIV

DICHOS, TERESA que grave y muda permanece en la puerta izquierda.

BARONCITO. ¡La condesa! *(Notando su presencia.)*

VIZCONDESA. ¡La condesa!

TERESA. Siga la murmuración;  
mi muda presentación  
no merece su sorpresa.  
Siga el injusto desdoro,  
siga el audaz menosprecio;  
pero no hablen tan recio  
por vergüenza o por decoro.  
¡Esta gente desdichada  
que en mi honra se entromete,  
en casa ajena se mete  
como en tierra conquistada!  
Señores, por compasión  
no muestren tan vivo empeño  
que aun tiene la casa dueño;  
calmen algo su ambición...  
Pudieron impunemente  
hollar derechos ajenos,  
pero empleen, a lo menos,  
una forma conveniente.  
¡Ah! ¡Conque no ha de poder  
a la ruin maldicencia  
imponerse la conciencia  
por virtud o por deber;  
y honor y tranquilidad  
serán siempre el favorito  
manjar que el ciego apetito

sacien de la ociosidad!...  
¡Realizaron sus deseos!  
Suya ha sido la victoria:  
ya pueden ir de su gloria  
recogiendo los trofeos!...  
Una casa sin reposo;  
la fe conyugal marchita!,  
la incertidumbre maldita  
en el alma del esposo.  
Un dedo difamador  
nuestros nombres señalando;  
la opinión reconcentrando  
de nuestro hogar en redor.  
La esperanza hecha girones;  
la casta honra desnuda  
y el gusano de la duda  
royendo los corazones!...  
Vengan, vengan en tropel,  
cortesanos sin entrañas,  
de sus ociosas campañas  
a recoger el laurel;  
pero sepan que su anhelo  
no halló de saciarse modo;  
puso mi cuerpo en el lodo  
y mi conciencia en el cielo.  
¡Y ahora fuera de aquí!  
Honren menos esta casa  
porque su umbral no traspasa  
quien no sabe honrarme a mí.  
*(Toca un timbre y sale Agustín.)*

VIZCONDESA.

BARONCITO.

TERESA.

¡Qué humillación!

¡Nos despide!

Acompaña a estos señores.

*(Con energía dirigiéndose a Agustín y señalándole el grupo que forman la Vizcondesa y el Baroncito.)*

- MARGARITA. ¿Serán justos sus rigores?  
*(Levantándose subyugada por el acento de sinceridad de Teresa.)*
- VIZCONDESA. ¡Esto represalias pide!...  
El brazo... *(A Margarita.)*
- TERESA. ¡Tú, quedaté!  
*(Con acento suplicante.)*
- MARGARITA. ¡Vamos!
- VIZCONDESA. ¡Me ahoga la ira!  
*(Vanse seguidas del Baroncito por el foro izquierda.)*

## ESCENA XV

### TERESA

¡Ah! ¡Ya mi pecho respira!  
Al monstruo-mundo arrojé...  
*(Se deja caer desfallecida en un sofá.)*  
¡Deshonrada! ¡Envilecida!  
¡Mi desconsuelo es profundo!...  
¡Oh! Qué máquina es el mundo  
tan infernal... ya movida  
gira con furia salvaje;  
gira y gira sin conciencia  
aunque arrolle a la inocencia  
en su implacable rodaje.  
Infeliz de la mujer  
que va entre lenguas mezclada...  
¡No le basta ser honrada,  
parecerlo es menester!...  
¡Casta virtud que caminas  
llena de fé en tus amores,

vas coronada de flores  
por una senda de espinas!  
Te recuerdan el deber  
enfrente del atropello  
cuando pende de un cabello  
la honra de la mujer.  
Te atan codo con codo;  
te ligan entrambos pies,  
y que andes piden después  
so pena de echarte al lodo!

### ESCENA XVI

DICHO, EL CONDE por el foro derecha.

TERESA. ¡Fernando! ¡Fernandó mío!  
CONDE. No en mis brazos... A mis plantas  
quiero verte de rodillas!...

TERESA. ¿Tú has creído?...

CONDE. Me arrebatas  
la dicha, por el vil lodo  
mi noble apellido arrastras,  
y aun a levantar te atreves  
hipócrita las miradas?...

TERESA. ¡De rodillas!...

TERESA. ¡Es un sueño  
sin duda cuanto me pasa!...  
Si me abandonas, Señor,  
en este trance, tu esclava  
hundida caerá en el polvo!...  
Recobro el ánimo... ¡Gracias!...  
De rodillas, señor conde,  
solo Dios me vé postrada...

- no puede el hombre, ni aquél  
que mi marido se llama  
verme humillada a sus pies  
como reo de una infamia...
- CONDE. Me asombra tanto cinismo  
y tan repugnante audacia.  
Quien te mate debe hacerlo  
sin oír ni una palabra  
de tus labios fementidos...
- TERESA. ¿Quieres matarme? Pues mata.  
*(Con serenidad pero terriblemente conmovida.)*
- CONDE. No desafíes mi cólera,  
Teresa. Pídeme calma,  
que el rayo quiere estallar  
y ¡ay, de nosotros si estalla!  
Confíesame tu delito..  
dímelo, que acaso lástima  
tenga de ti... Sácame  
si eres pura de las garras  
de la calumnia, o confiesa  
de una sola vez tu infamia.  
Mira que hay sombra en mis ojos;  
por mis venas corre lava,  
y que una ola de sangre  
todo invadirlo amenaza.
- TERESA. Esto se acaba en un punto:  
juré mi inocencia, mata.
- CONDE. Torrente soy que se estrella  
contra granítica valla;  
pero el torrente se engruesa  
hasta que al fin la rebasa.  
*(Se detiene, mira a distintos lados, y luego  
con acento de reconcentrada ira aproximán-  
dose a Teresa, dice:)*  
¡Viniste impura a mi lecho!..  
¡Mereces morir!..



TERESA.

¡Pues mata!

Tú, aunque viejo, eres forzado;  
puedo morir ahogada  
en tus manos; pruébalo  
antes que vuelva la calma  
a tu ofuscado cerebro.

Lograrás tu intento; agarra  
mi cuello; retuérceme;  
que cuando el furor estalla,  
cada nervio es un tornillo,  
cada mano una tenaza.

Tienes a quien imitar...  
al feroz Otelo: acaba.

*(El Conde retrocede.)*

No te atreves. ¡Ay, esposo!  
La naturaleza mansa  
cedió a un general trastorno  
cuando opera tal mudanza  
en el carácter del hombre...  
Rompió su yugo la esclava;  
ya entre cien hombres no pesan  
lo que una mujer levanta.

Sin razón me has ultrajado...

Te perdono... No me matas  
porque crédito no das  
ni tú mismo a tus palabras...

Te perdono porque sé  
que eres celoso; una falta  
que lisonjea el orgullo  
único que siente mi alma...

*(El Conde se deja caer vencido en un sillón.)*

Eres ladrón de tu dicha;  
más merecedor de lástima  
que de castigo... pero oye,  
tú que sin piedad me ultrajas  
una historia que sé yo  
y aquí tenía encerrada...

El que antes deshonró;  
el que por lascivia insana,  
convirtió en montón de barro,  
candor, pureza, esperanza.  
El noble que amor fingió  
a la plebeya y lograda  
su hartura dejóla luego  
en el arroyo sin lástima...  
Ese espíritu de roca,  
ese noble sin entrañas  
tiró la primera piedra...  
¡Justicia pide esta hazaña!  
Acuérdate de Inesilla.  
¡Inesilla!

CONDE.  
TERESA.

¿Qué? ¿Ignorabas  
que era mi amiga más íntima,  
compañera de la infancia?  
¿Verdad, señor, que era hermosa?  
*(Con voz muy baja.)*  
Verdad que era una guirnalda,  
hermosa como una gloria,  
dulce como una esperanza?  
Vos que agotásteis su aroma  
y robásteis su fragancia  
a aquel lirio, vos sabréis  
si son ciertas mis palabras:  
¡quince años! ¡un hospital!  
una vida que se exhala  
en esa doble penumbra  
de la agonía y las lágrimas...  
Un hermoso serafín  
que extiende al cabo sus alas  
dejando el cuerpo de barro  
en medio de impura charca...  
Esa es la historia... ¿Jamás  
vuestro espíritu acibara?...  
¡Inesilla! ¡Pobre niña!

CONDE.

TERESA.

¡Teresa! ¡Teresa! ¡Calla!  
Fué una horrible tentación...  
¿Era tu amiga? Me espanta  
su recuerdo... Mi cabeza  
quiere estallar... Tenme lástima.  
Soy celoso; tú lo has dicho...  
(¡Pobre esposo! Este castigo  
a sus ultrajes... me espanta...  
que se sosiegue... después  
con una sola palabra  
compensaré su amargura;  
será su dicha acabada.  
Yo necesito también  
dar libre curso a mis lágrimas.)  
(*Vase por la derecha.*)

## ESCENA XVII

### EL CONDE

Cruzó la pálida imagen  
ante mis ojos... Su blanca  
aparición ha podido  
más que las sombras que atan  
mi pensamiento a esa noche  
de calumnias y de infamias.  
¡Es la pena del Talión!  
Todo aquel que a hierro mata,  
a hierro muere... ¡Insensato!  
Me hago juez en propia causa.  
Deshonro y quiero ahogar  
al que mi deshonra labra!  
Me impongo como el más fuerte...

¡De rodillas a mis plantas!  
¡Desventurado! Y si cae  
mi afrenta queda probada.  
¡Qué nudo tan infernal  
esos dos hechos enlaza!...  
Yo acuso a otro del crimen  
mismo que forma la página  
más sombría de mi historia...  
¡Ah! No merezco que honrada  
sea Teresa... los celos  
la luz del cerebro apagan...

### ESCENA XVIII

DICHO, AGUSTIN por el foro izquierda.

AGUSTÍN. ¡Señor! ¡Señor!  
CONDE. Mi ángel malo.  
¿Me buscas?... ¿De qué otra infamia  
eres correo?  
AGUSTÍN. Pregunta  
por la señora con ansia  
un campesino.  
CONDE. ¿Qué importa?  
¿Me devuelve eso la calma  
que perdí?  
AGUSTÍN. Trae un recado...  
CONDE. Pues que lo dé y que se vaya.  
AGUSTÍN. Se irá con él la condesa...  
CONDE. ¿Cómo? ¿Qué interés le llama?...  
AGUSTÍN. ¡Señor!... Se les muere el niño  
y su presencia reclaman.  
CONDE. ¿Qué escucho? Sí... ya lo entiendo...

Por el dolor que la llaga  
me hace, bien se conoce  
que han puesto en ella la brasa...  
Esta vez, el deshonor  
se me presenta sin máscara...  
Corre, introduce a ese hombre  
al momento en esta sala...  
Dale aviso a la condesa.

*(Vase el criado por la izquierda.)*

¡Ah! Por fin encuentro franca  
una salida... por ella  
voy a meterme aunque salga  
al borde de un precipicio:  
la seguiré donde vaya...  
Si me es infiel... por infiel;  
y si honrada, por honrada...

*(Sale Agustín por la izquierda.)*

Y bien, ¿le has dado el aviso?...  
Se agitó... se puso pálida.  
Va a salir...

AGUSTÍN.

CONDE.

Disponle el coche...  
y la berlina prepara...

AGUSTÍN.

Abajo espero sus órdenes.

CONDE.

Dale al mensajero entrada.

*(Vase Agustín foro izquierda.)*

Entretanto aquí me escondo;

*(Ocúltase tras el cortinaje que cubre la puerta  
de la derecha.)*

cubra la senda mi cara  
que debe causar espanto  
si como dicen retrata  
las iras que se revuelven  
en los abismos del alma.  
Aquí viene... ¡Trae prisa!

ESCENA XIX

DICHO y a un tiempo TERESA por la izquierda y  
TOMAS por el foro izquierda.

TERESA. Tomás, al punto, ¿qué pasa?

TOMÁS. Que al niño le ha dado un pasmo.

TERESA. ¡Se me muere!... ¡Virgen santa!

¡Agustín! ¡El coche!... ¡Pronto!

Sígueme Tomás.

*(Vase foro izquierda seguida de Tomás.)*

ESCENA XX

EL CONDE saliendo de su escondite.

CONDE. ¡Se marcha!

¡La seguiré!... ¡Cierto era!...

¡Ya está mi afrenta probada!...

¡Ignoro cómo he podido  
contenerme!... Corro a caza  
segura... no pierdo el rastro.

*(Se dirige resueltamente al foro izquierda.)*

ESCENA ULTIMA

DICHO, MARGARITA sobresaltada foro izquierda.

MARGARITA. ¡Papá, qué ocurre!...

CONDE. La infamia  
que ya lo ha invadido todo...  
¡Yo soy quien te calumniaba;  
no, mundo, no eres un santo!

MARGARITA. ¡Dios mío! ¿Te vas?

CONDE. Aparta...  
que no hay tiempo que perder...  
ni es esta hora de lágrimas...

MARGARITA. No lo consiento... Estás ciego,  
y me temo una desgracia...

CONDE. Que apartes digo. ¡Ahí quedas!  
*(La aparta bruscamente. Margarita cae al  
suelo de rodillas.)*

Eres muy débil muralla...  
*(Vase precipitadamente por el foro.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO



## ACTO TERCERO

---

Cuarto en el interior de una casa de campo muy limpio y aseado, con alcoba al foro izquierda y puertas laterales a ambos lados y al foro derecha. A la entrada de la alcoba una cortina dispuesta de modo que permita ver perfectamente al espectador una cuna que se situará en el fondo de aquélla. Marta aparece saliendo de la alcoba como procurando no hacer ruido para no despertar al niño, que se supone dormido en la cuna. Luz dentro de la alcoba.

### ESCENA PRIMERA

MARTA

¡Respiro!... Se ha sosegado...  
Cré el peligro inminente.  
Fué un pasajero accidente  
que un susto mortal me ha dado.  
¡Sufrió tan cruel sorpresa!...  
no será flojo el disgusto  
que llevará la condesa.  
¡Marta! Que cuides al niño...  
Sé una madre para él;  
dale la abundante miel  
de un acendrado cariño.  
Marta; en tus manos mi vida  
deposito; no lo olvides.



Si algo te pide, me pides;  
si exige cuidados, cuida...  
Que obré de prisa sospecho.  
Su anhelo será mortal;  
mi aviso, como un puñal  
se habrá clavado en su pecho...  
¡Pensé que se me moría!...  
Exceso de afán ha sido...  
le diré lo sucedido...  
tras la pena la alegría...

CAMPESINO.

¡Marta! ¡Marta!... *(Dentro.)*

MARTA.

¿Quién me llama?

## ESCENA II

DICHO, EDUARDO herido apoyándose en un CAMPE-  
SINO por el foro derecha.

MARTA.

¡Santo Dios! ¡Un hombre herido  
en mi casa!... ¿Qué ha ocurrido?...

CAMPESINO.

Lecho y descanso reclama  
lo primero.

MARTA.

¡Ay, Dios mío!...

EDUARDO.

No grite, buena mujer;  
pues por mí no hay que temer.

MARTA.

¿Quién le hirió?

CAMPESINO.

Fué un desafío.

EDUARDO.

¡Denme agua!...

*(Marta, sale y entra a poco con un vaso  
de agua que pone en los labios del herido.)*

¡Ya he tomado  
fuerzas... Que nadie se inquiete!...  
Esto no es nada; el florete

apenas ha penetrado  
en mi pecho; más ahondó  
y por senda más mortal  
de la calumnia el puñal  
y aun me encuentro vivo yo.  
¡Bah! No muere fácilmente  
quien muestra tesón tan rudo...  
Mi adversario, no lo dudo,  
me creará muerto; ¡inocente!...  
Mucho en su destreza fía;  
pensará que me ha matado  
cuando solo me ha causado  
una higiénica sangría.  
Pensará que en este punto  
halló fin la cruda guerra,  
y no sabe que la tierra  
le hará aún morder el difunto.  
¡Más agua!... Gracias. El modo  
de pagar tanta bondad  
ya hallaré...

MARTA.

Hospitalidad  
hasta que se halle del todo  
restablecido, aquí tiene.

EDUARDO.

La acepto, buena mujer.

CAMPESINO.

Que descanse es menester.

EDUARDO.

Sí; reposar me conviene.

¿Hay un lecho para mí?...

MARTA.

¡Ayúdale!...

EDUARDO.

No es preciso...

¡Mi buena estrella no quiso  
que muera!...

MARTA.

Llévale allí...

*(Señalando el cuarto de la puerta derecha.)*

EDUARDO.

No siento la herida; siento  
la traidora mordedura  
del áspid, que no se cura  
como lesión de un momento.

MARTA. Hilas, bálsamo...  
*(Sacándolos de un armario y entregándolos al Campesino.)*

EDUARDO. Mejor,  
mucho mejor me curara  
si el vendaje se empapara  
con sangre del impostor.  
*(Entra auxiliado por el Campesino en el cuarto de la derecha.)*

### ESCENA III

MARTA

Bien dice un refrán que cuando viene un mal, no viene solo. Tras un susto, una desdicha y aún me resta, para colmo de males, que la justicia intervenga y no halle modo de resolver este asunto y pague yo culpas de otro, por meterme a redentora... Tal vez le ofrecí muy pronto hospedaje... Pero en fin, a lo hecho paciencia pongo. No ampararle hubiera sido de la crueldad el colmo.

ESCENA IV

DICHO, el CAMPESINO saliendo.

CAMPESINO. De su herida los rigores  
sufre sereno... ¡Qué alma!  
No logran vencer su calma  
los más agudos dolores.  
Ni por el mal que le aqueja,  
ni por la sangre perdida,  
ha sido eficaz su herida  
para arrancarle una queja.  
No creí, te lo confieso,  
que hubiese en el señorío  
personas de tanto brío  
y mozos de tanto peso.

MARTA. En resumen, lo ocurrido  
tú sabes?

CAMPESINO. A mi trabajo  
iba yo por un atajo,  
cuando me hallé sorprendido  
por una curiosa escena  
de dos hombres que luchaban  
y otros cuatro que miraban  
impasibles su faena.  
Las armas conque reñían  
los callados combatientes,  
dos iracundas serpientes  
en sus manos parecían.  
Unas veces se enroscaban  
despidiendo extraña luz;  
otras poníanse en cruz  
y como sierpes silbaban.

Los restantes caballeros  
no hablaban ni se movían  
pero los ojos ponían  
con ansia en sus compañeros.  
Este mozo, le vi bien;  
de frente a mí peleaba;  
cara a su adversario daba  
con cierto altivo desdén.  
Serena estaba su faz;  
como si el mozo la vida  
no arriesgara en la partida.  
Pero el otro más audaz,  
más ducho o afortunado,  
tiróse de pronto a fondo  
y le hizo caer rodando  
a sus pies ensangrentado.  
Yo que el percance observé,  
como arrojado venablo  
o alma que huye del diablo  
del sitio aquel me alejé;  
pero lo que el miedo a veces  
en nuestro ánimo quita  
la curiosidad maldita  
lo suele poner con creces.  
¿Te volviste?

MARTA.

CAMPESINO.

Me volví  
y encontré con harta pena,  
abandonada la escena  
y solo al herido allí;  
con agua de un riachuelo  
le hice volver a la vida  
poniendo sobre su herida  
empapado mi pañuelo.  
—Me abandonaron; me dijo;  
por muerto he quedado aquí;  
mil gracias; si no es por ti  
exhalo el alma; de fijo.

MARTA.

¿Por qué riñeron?

CAMPESINO.

No sé;

por cualquier cosa sería;  
juventud, ocio, alegría  
y dinero; bien se vé,  
pues hay sangre derramada  
y hubo riña y desaffio,  
que debe andar en el lío,  
alguna mujer mezclada.

Jóvenes que no vacilan  
en resolver a sablazos,  
cuestiones que a puñetazos  
lindamente se ventilan.

Debe el honor de esta gente  
tener un feroz instinto  
cuando solo en sangre tinto  
se lava perfectamente.

No limpia, Marta, un sopapo,  
limpia una herida cualquiera  
como si la sangre fuera  
jabón y la honra un trapo.

*(Oyese el ruido de un carruaje.)*

¿Qué ruido es ese?

MARTA.

Un carruaje...

¡Mi señora!... Voy corriendo

*(Vase por el foro.)*

ESCENA V

CAMPESINO

Un coche aquí... Lo comprendo...  
Algún nuevo personaje...  
La tal Marta, si oportuna  
es en pedir y en el niño  
pone interés y cariño,  
por lo visto, hará fortuna.  
La suerte no tiene seso...  
¿Por qué a unos, vamos a ver,  
les da la carne a comer  
y a otros les deja el hueso?...

ESCENA VI

DICHO, TERESA y MARTA por el foro. Luego vase el

CAMPESINO

TERESA. Respiro, Marta, respiro;  
deseo verle... ¡Oh, fortuna!  
Tranquilo duerme en su cuna  
el ángel por quien deliro.  
¡Defiéndele, Providencia,  
de los tiros de la suerte;  
que no se cebe la muerte  
en esta dulce existencia!  
¡Oh! ¡Qué hermoso está!... Parece  
su boca un tierno capullo  
dormido al plácido arrullo  
de la brisa que le mece.

¿Viste semblante como él,  
ni encanto más peregrino?  
Su gracia el pintor divino  
le dió con dócil pincel.  
¡Ah! ¡Si sufre desengaño  
terrible el que se imagina  
y tropieza con su daño...  
Juzga, Marta, de improviso  
cuál su alegría será,  
si en pos de tristezas va,  
y se encuentra un paraíso.  
En fin, te perdono el susto  
que tu aviso me ha causado.

MARTA.

No fué poco mi cuidado,  
ni fué menor mi disgusto.  
Ahora ya tiene color  
su semblante... Se ha rehecho;  
late con vida su pecho  
y hay en su cuerpo calor;  
pero antes ¡Virgen Maria!,  
cubría su blanca tez  
una mortal palidez...

TERESA.

Pensé que se nos moría...  
Calla, Marta... Desventura  
semejante no es posible.  
¡Crueldad inconcebible!  
¡Calla! ¡Pobre criatura!  
Serás como flor que nace  
llena de cuidados mil  
y a una ráfaga sutil  
de viento al fin se deshace  
dejando a la enamorada  
deidad que en ella delira  
con el dolor del que mira  
su dicha a un soplo frustrada?  
¡Ah, no, no! Será tal vez  
un aviso bienhechor...



Que pedirá más amor  
para templar la aridez  
de su suerte desdichada...  
Tal vez Marta le he tenido  
muchos días en olvido...  
Estoy, señora, admirada...  
Usted en Luisito adora;  
¡un interés tan prólijo  
solo una madre por su hijo  
llena de afán atesora!

MARTA.

TERESA.

MARTA.

TERESA.

¡Su madre!... Yo no lo soy...  
¿Qué oigo?...

Nunca esa historia  
por no amargar mi memoria  
te conté...

MARTA.

TERESA.

¡Me asombra!...

Voy

a revelarte el secreto  
aunque mi pecho taladre,  
y por qué sin ser su madre  
de mi ternura es objeto.  
Oye, Marta... ¡Desdichada  
la mujer que nace hermosa  
y como fragante rosa  
da codicia a la mirada,  
porque su gracia es imán  
cuyo hechizo soberano  
traerá tarde o temprano  
algún desbordado afán!  
Mientras la fragancia pura  
se codicie de la rosa  
y haya una mujer hermosa,  
habrá Marta desventura.  
Este niño debe el sér  
a ese fatal conjunto!...  
Se dieron cita en un punto,  
el hijo para nacer!

la madre para morir!...  
Con un ósculo, salido  
del corazón dolorido  
que iba a dejar de latir,  
ella de él se despidió  
de ternura en un acceso.  
¡La infeliz en aquel beso,  
todo su sér condensó!...  
Y después ya en la agonía  
me miró la desgraciada...  
¡Bien comprendí en su mirada  
lo que decirme quería!...  
Me miró con sér avaro,  
puesta en los ojos el alma...  
Y yo la dije, ten calma;  
seré de tu hijo el amparo.  
Debió mis frases oír,  
porque en sus labios de nieve  
quedó una sonrisa leve  
cuando acabó de morir.  
Desde entonces yo he vivido  
para su hijo únicamente...  
Del amor sequé la fuente  
en mi pecho enternecido.  
Pese a su negra fortuna,  
no careció el pobre niño  
ni de maternal cariño  
ni de confortable cuna.  
Trabajé con ciego afán.  
Yo era pobre, trabajé  
y a veces hambre pasé,  
porque a él le sobrara el pan...  
En fin, olvidemos eso.  
¡Cuán grande y sublime acción!  
Mírale, dá tentación...

MARTA.  
TERESA.

¿Le despertaría un beso?...

Cuéntame...

*(Quedan como siguiendo el diálogo en voz baja.)*

## ESCENA VII

EDUARDO saliendo de su cuarto.

¡Nada se escucha!

¿Sería un sueño?... Su voz  
oí tan clara, tan dulce,  
que aún repercute su son  
en mi alma como un eco!...

¡Delirios sin duda!... Estoy  
tan débil, que mis sentidos  
tramaron esa ficción

encantadora... ¡No se oye  
como antes la dulce voz!

¡Oh realidad, si te dejas  
sorprender por la ilusión  
de un modo tal! ¿Ya quien puede  
asegurar que son dos  
la verdad y la mentira?

¿Habré muerto acaso yo?

¿Pero qué miro? ¿No es ella?

¡Qué cuadro! ¡Válgame Dios!

¡Calma Eduardo! Mi cabeza  
las imágenes fraguó  
de la rastrera calumnia  
dándoles cuerpo y color,  
hasta imitar a los seres  
de carne y hueso... ¡No! ¡No!

Ella es... Yo estoy bien cierto...  
Termine esta obcecación.  
¡Teresa! ¡Teresa!

### ESCENA VIII

DICHO, TERESA y MARTA saliendo de la alcoba.

TERESA. ¡Eduardo!  
MARTA. ¡El herido!  
EDUARDO. ¡Santo Dios!  
¡Ella es! Razón tenía  
al jurar que era su voz.  
TERESA. ¿Usted aquí, Eduardo? Salir  
no puedo de mi estupor;  
observo cosas tan raras  
desde algún tiempo...  
EDUARDO. Yo soy  
por desgracia... La fortuna  
demuestra gran afición  
a sorpresas y emboscadas  
cuando vivo me sacó  
de las garras de la muerte  
y a esta casa me llevó.  
*(Con amarga ironía.)*  
¡Teresa! ¡Qué daño me hace  
tan horrible defeción!  
TERESA. ¿Quién le trajo en tal desorden?  
EDUARDO. El infierno; que sé yo...  
Conque era cierto, Teresa,  
existía el deshonor?...  
TERESA. ¿Qué dice?... Jesús que pálido  
está su rostro...

- MARTA. Llegó  
herido a esta casa...
- TERESA. ¿Herido?  
Y bien, Eduardo. ¿Qué atroz  
pensamiento abriga usted?  
Con qué ceño o qué dolor  
me contempla... ¿Le curaron?  
¿No hay riesgo?
- EDUARDO. Cierto que no.  
Fué una picada tan solo...  
Miento que ha sido el mejor  
castigo... Y para esto, al cabo  
di tortura al corazón...  
Arriesgué la vida... Necio,  
cuán caro pago el error!...
- TERESA. ¿Qué dice? No le comprendo;  
pero presiento que soy  
objeto de algún peligro...  
¡Fantasma amenazador  
que se aproxima en la sombra  
con lento paso!
- EDUARDO. Fingió  
ese semblante pureza,  
tomó la casta expresión  
de los ángeles y luego  
como un escarnio mayor  
el candoroso semblante  
un antifaz resultó.  
¡Teresa!... (La frente pura;  
en el semblante el candor  
todavía). No le espanta  
su terrible situación?
- TERESA. Voy comprendiendo... Soy mala  
ya para todos... Favor  
a nadie puedo pedir...  
¡Deshonrada, pues, estoy!...
- EDUARDO. Ese niño... ¿No es su hijo?...

TERESA. ¡Luisito! ¡Comprendo! ¡Oh, Dios!  
Se descorre el denso velo  
de mis ojos... ¡Eso no!...  
Con grilletes la calumnia  
maniatada me llevó...  
Hora es ya de que los rompa  
una amarga confesión...  
Resplandezca mi inocencia  
y conózcase al autor  
del pecado... Esa infeliz  
criatura, el mundo vió  
merced al afán liviano  
de un noble y rico señor.  
Era su madre mi amiga,  
amiga del corazón.  
En un hospital la pobre  
su triste vida exhaló...  
¡Ah! Se pinta la sorpresa  
en su faz... la admiración  
le impide ver hasta el fondo  
de mi plan... Ese señor...  
esclavo de su deseo,  
juguete de su pasión,  
¿no sabe quién es?... ¡Mi esposo!  
¡El conde!

EDUARDO.

TERESA.

El fué el autor  
de la desdicha... Este es su hijo.

EDUARDO.

Sublime mujer... ¡Perdón!  
orgullo siento de haber  
vertido mi sangre yo  
por tan noble causa...

TERESA.

Mire  
su rostro; mas por favor  
cuidado no le despierte.

EDUARDO.

Es su hijo... No hay duda no;  
es un retrato del conde;  
su propia imagen.



ESCENA IX

EL CONDE, por el foro. Al entrar cierra tras sí la puerta, corriendo el cerrojo.

¡Esta es la casa! Aquí es;  
y Teresa no está lejos...  
La presiento... La adivino;  
hasta su rastro olfateo.  
¿No lo dije? Esa es su voz.  
¡Adelante!... Me estremezco  
al pensar que está tan cerca  
la ruda sorpresa... Siento  
que trota mi corazón  
como caballo sin freno...  
¿Quién me detiene? ¡Allí está!...  
¡En ese cuarto!... ¡Allí dentro!...  
Esto tiene el atractivo  
del abismo... Ya entreveo  
su boca abierta a mis pies...  
A su borde me contemplo,  
y aunque avanzar no quisiera  
avanzara sin remedio.  
¡Me agarra la voluntad!...  
¡Me tira de los cabellos!...  
¡Con qué exquisita amargura  
mi deshonra saboreo!  
¡Un poco de espera! ¡Es justo!  
¡Teresa! Mi amor, mi cielo,  
mi ternura, mi esperanza,  
todo en un golpe deshecho...  
¡La carne! ¡La impura carne!



¡Claro es! ¡Si soy tan viejo!  
¡Es mía!... Ninguno puede  
ni en uno de sus cabellos  
poner la mano... Yo soy  
su soberano, su dueño...  
Pero su alma; su alma es de otro  
y fácil, si no hallan freno,  
castigar con ruda mano  
los apetitos del cuerpo.  
¿Pero quién defiende al alma,  
esclava de sus anhelos,  
que tiene para volar  
abierto el espacio inmenso?  
¡Infierno y rayo! ¿Qué miró?  
Esa es la cuna... ¡Deseo  
de la venganza, ya tienes  
para saciarte un objeto!...  
¿De la deshonra anhelaba  
más pruebas? ¡Pues ya las tengo!...  
¡Rabia, devora tu víctima!  
¡¡Humanidad, te devuelvo  
lo que me diste!... ¡Ya el lobo  
ha olfateado al cordero!...  
*(Entra en la alcoba y ha poco sale.)*  
¡Ni siquiera ha despertado!...  
¡Que siga, siga durmiendo!...  
¡A ver si puede su madre  
despertarle con sus besos!...  
¡Aquí, la adúltera infame!  
¡Mi esposo!... *(Dentro.)*

TERESA.

ESCENA X

DICHO, EDUARDO, cubriendo la entrada del cuarto.

CONDE.                                ¡Eduardo! ¡Su amante!  
¡Los dos! ¡Los dos! ¡Allí dentro!  
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! A mi voz responde  
hasta el mismísimo infierno!  
Tanto buscarte y te sales  
*(Con calma más terrible que la cólera.)*  
de mis iras al encuentro  
en buena ocasión... Tu cómplice  
que salga también espero...

EDUARDO.                            Cuando la calma recobres,  
y la luz a tu cerebro  
baje; cuando ese furor  
que centellea siniestro  
en tus ojos, se amortigüe...  
Mientras tanto, yo te ruego  
que mis palabras escuches  
y ellas rasgarán el velo,  
que como densa muralla  
a tu alma le pone cerco.

CONDE.                                ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Aún escapárseme  
intentan los viles reos;  
en su propia madriguera  
aprimados los tengo:  
me está escupiendo en la cara  
su sensualismo grosero:  
palpo mi deshonra, toco  
con mis manos el vil cieno:  
cojo un puñado, le miro;  
con paciencia le contemplo;

hallo que es lodo... me mancho,  
y al cabo qué prueba esto?  
¡Qué no hay tal lodo y que soy,  
yo el mentecato y el necio!  
EDUARDO. Conde, por el Ara Santa,  
te juro...

CONDE. Tus juramentos  
*(Interrumpiéndole.)*  
no he de escuchar. ¿Tan imbécil  
me crees... o no has satisfecho  
tu hartura y en la esperanza  
de lograrlo, con el tiempo,  
quieres que te abra una puerta  
por donde salgas ileso?...  
La justicia se ha cumplido:  
cerré con puertas de hierro  
toda salida... No hay sitio  
por donde huir... Ni el inmenso  
poder de Dios os librara  
de mi venganza...

EDUARDO. No espero  
nada bueno de tus iras.  
Te han ofuscado los celos.  
Pero por Cristo, ten calma,  
conde... Piensa que primero  
que llegaras a tocar  
ni uno de sus cabellos  
antes haríasme trizas  
y exhalaría el aliento...

CONDE. ¡Así! ¡Así!... ¡Me complazco  
en oírte! Así te quiero...  
Es tal mi furor, que pide  
dura tasca, rudo freno;  
no séres que se deshacen  
al contacto de los dedos...  
¡Ea! Que salga tu amante...  
Verle el semblante deseo;

rojo le hace la vergüenza;  
pálido el remordimiento.  
Carmin no habrá en sus mejillas;  
pálido estará de miedo...

Mándaselo, tú que ejerces  
en su corazón imperio...

Mándaselo, tú que eres  
de su voluntad el dueño...

A ambos os prometo yo  
prestaros un placer nuevo...

¡Placer que os debe llegar  
al fondo del alma creo!...

EDUARDO. Conde, tu esposa...

CONDE. Tu amante...

Tu concubina...

EDUARDO. ¡Estás ciego!

¡Es inocente!...

CONDE. ¡Mentira!

EDUARDO. Un ángel...

CONDE. ¡Caído! ¡Bueno!

EDUARDO. Tú no sabes...

CONDE. ¿Para qué  
cansar tanto al pensamiento?

EDUARDO. Conde, mira lo que haces;  
mira que ofendes al cielo.

CONDE. Ya miro que estoy sin honra.  
¿No cumples lo que te ordeno?..

¡Está bien, yo iré por ella!...

EDUARDO. No, que el camino te cierra...

CONDE. ¡Miserable!

*(Cuando va a lanzarse sobre él, aparece Teresa. Su presencia contiene al Conde.)*

ESCENA XI

DICHOS, TERESA

TERESA.

Aquí me tienes:

*(Con calma pero profundamente emocionada por lo terrible de su situación.)*

cese ya tan rudo empeño...  
¡Aquí está su esposa! Mira...  
Su semblante está sereno;  
no está rojo de vergüenza  
ni hay en él sombra de miedo.  
Oye: con matarme acabas;  
si me escuchas, tienes tiempo  
de calmarte o de dar gusto  
a tus rencorosos celos...  
¡Elije!

CONDE.

¡Habla! Me tienes  
de tus labios en suspenso.  
Si me embelesa el saber  
por qué artes o qué medios  
puede salir la malicia  
de sus cárceles de hierro,  
*(Con ironía.)*

aguza el ingenio, esposa;  
alambica el pensamiento.  
Vive Dios! Que si consigues  
engañarme por completo,  
por engañado me doy...

Te perdono y te desprecio...  
Pero si andas muy torpe  
en tus cábalas y enredos,  
entonces, tú lo dijiste,  
cuando el furor en el pecho  
se agita y estalla al cabo,  
un tornillo es cada nervio,  
cada mano una tenaza  
el todo un buen instrumento  
para ahorcar viles adúlteras...  
Habla, si querías eso.

EDUARDO.

La sangre me hierva. Conde,  
no es noble ni es caballero  
el que ultraja a una mujer...  
Mata o enmudece luego.

TERESA.

¡Quietos!... ¡Para mi justicia  
me basta mi propio esfuerzo.  
Ni una palabra... Aquí es él  
(*Con majestad.*)

mi esposo... mi único dueño  
y tiene para ofenderme  
y hasta matarme derecho.

¡Fernando! Atiende a mis lágrimas,  
ya que desoyes mis ruegos;  
¡calma un instante tus iras!  
Estás ciego... Ya lo veo.

Nos has sorprendido juntos...  
muéstrale la herida... ¡Eso!

Cuando yo vine a esta casa  
ya lo encontré... Le trajeron...  
¿No te explicas mi presencia?

Pues bien, no hace mucho tiempo  
un hijo te prometí...

Recuérdalo...

CONDE.

Lo recuerdo.

TERESA.

Voy a cumplirte al instante  
mi promesa y el secreto

quedará desvanecido  
a tus miradas muy luego.  
Mira; allí... en aquella cuna,  
un niño cuyos cabellos  
parecen rubias espigas  
de dorado trigo... Bello  
como un arcángel de luz  
duerme en apacible sueño.  
Ese, Fernando, es tu hijo,  
el fruto de tu deseo  
liviano... ¿Aún no adivinas  
quién es su madre?... No puedo  
ahorrarte ya la vergüenza  
que sufrirás al saberlo.

EDUARDO.

El mundo buscó su infamia  
y en la tuya puso el dedo.

CONDE.

¡Su madre! ¿Quién es su madre?

TERESA.

¡Inesilla!

CONDE.

¡Ella! ¡Protesto!

Dí que me engañas, Teresa,  
o ábrase la tierra y dentro  
me trague de sus entrañas.  
Si es tu imágen...

TERESA.

EDUARDO.

Un espejo  
su cara de tus facciones...

TERESA.

Ven: convéncete al momento.

EDUARDO.

Tu sorpresa es natural.

TERESA.

No esperabas el suceso  
Mucho dar es dar un hijo.

EDUARDO.

Le asombra el ofrecimiento.

TERESA.

¡Corre! Llégate a su cuna  
que le despierten tus besos.  
¡Feliz despertar el suyo  
en tu cariñoso seno!

CONDE.

¿Pero es verdad lo que oigo?  
¡Mi hijo! Sí; ahora recuerdo  
que Inés me escribió... ¡Mentira!

¡Fuera el crimen muy horrendo!  
¡El hijo de Inés! ¡De aquella  
mártir de mi ruin deseo!...  
Luego tú no eres impura...  
Y ese es el hijo que el cielo  
me deparaba... ¡Qué horrible  
(Con profunda desesperación.)

EDUARDO. pesadilla!... ¡Teresa! Quiero  
despertar, despertar pronto;  
quiero salir de este cerco  
de sombras que me rodea...  
La felicidad el cerebro  
te ha trastornado...

TERESA. No opriman  
tu corazón los recuerdos.  
Estoy segura que Inés  
te bendice desde el cielo.  
¿Querías un hijo, esposo?

CONDE. ¡Un hijo!  
EDUARDO. (No le comprendo.)

TERESA. ¡Qué venturoso serás  
con sus caricias! El tiempo  
en su dulce compañía  
correrá tan lisonjero!  
¿Cómo no corres, Fernando,  
para comértelo a besos?  
¡Dios mío! ¿Acaso no aceptas  
la ventura que te ofrezco?...  
Pues vas a verle...

CONDE. ¡No! ¡Aparta!...  
(Cerrando el paso y cubriendo la entrada de  
la alcoba.)  
déjale que duerma... ¡Es bello  
como un arcángel y rubios  
como el oro sus cabellos!...  
Me ofreces lo que más puede  
halagar a un pobre viejo..



- TERESA. ¡Pues mira no puede ser!...  
¿Qué no, dices?  
EDUARDO. No te creo.  
CONDE. ¿Dónde está Dios... Ese Dios omnipotente? En el cielo.  
¿Cómo a mí me abandonó a este espantoso tormento?  
TERESA. ¿Pero acabemos, qué dices?  
EDUARDO. ¡Tengo a una sospecha miedo!...  
CONDE. No te acerques. ¡Es mi hijo!  
TERESA. Tu conducta no comprendo; pero va bajando a mi alma una sombra... ¡Un negro velo!  
¿Por qué me cierras el paso?  
¿No conoces mi deseo?  
¿No escuchaste que es tu hijo?  
CONDE. ¡Mi hijo! ¡Infeliz anhelo  
El niño quiere juguetes de almíbar... No quiere besos. Tráele flores... y un hábito de querubín... ¡Eso! ¡Eso!  
Los cabellos bien rizados y las manos sobre el pecho, en medio de cuatro cirios... Ya no falta más que el féretro y que doblen las campanas como es de rigor a muerto.  
¡No te acerques, que hay detrás de mí un abismo muy negro!...  
¿No ves, mujer, que el dolor me está desgarrando el pecho?  
TERESA. Siento escalofríos... algo me ocultas, algo que temo preguntar; hay en tu rostro una expresión que dá miedo...  
MARGARITA. ¡Abre papá!...  
(Golpeando en la puerta del foro derecha.)

TERESA. *(Abre la puerta.)* ¡Margarita!  
EDUARDO. ¿Ella aquí?

### ESCENA ULTIMA

DICHOS, MARGARITA, EL BARONCITO, AGUSTIN, TOMAS, CAMPNSINO por el foro: éstos quedan en último término. MARTA sale del cuarto derecha. Margarita se adelanta, y al ver a Teresa y Eduardo, no puede detener un movimiento de indignación, y exclama:

MARGARITA. ¡Los dos! ¡Oh, cielos!

TERESA. ¡Protege tú mis anhelos!

¡Cálmale!...

*(A Margarita saliendo a su encuentro y señalándole al Conde. Margarita la rechaza bruscamente con estos versos.)*

MARGARITA. ¡Aparta! ¡Maldita

seas por liviana esposa!

En hora desventurada

dió abrigo nuestra morada

a una mujer licenciosa!

*(Al oír esto Teresa, retrocede espantada como si a sus pies se hubiese abierto un abismo. Quiere rechazar el violento apóstrofe de que es objeto, pero la voz se anuda en su garganta.)*

EDUARDO. ¡Nuevo ultraje! ¡Por la cruz!

CONDE. ¡No, Margarita!

*(Saliedo de su profundo abatimiento con voz de terrible y amarga reconvención. Margarita, al oír la voz de su padre, se dirige a él con los brazos abiertos.)*

MARGARITA.  
CONDE.

¡Papá!...

Tu labio mintiendo está...

¡Es más pura que la luz!

*(Teresa sigue mirando a todos lados como una loca. Aún no ha podido salir de su estupor.)*

TERESA.

¡Todos me rechazan!... ¿Dónde dirigir, pues, la mirada?

*(Al oír esto Eduardo, hace un ademán como para aproximarse a Teresa, aunque se lo impiden sus decaídas fuerzas. Teresa, al observar su movimiento, alarga la mano como para detenerle, y retrocede de nuevo espantada, exclamando:)*

¡Eso no! ¡Qué aún soy honrada!...

¡Nadie a mi acento responde!...

¡Ah! Bendigo la fortuna  
que me brinda lisonjera  
con una dicha póstrera.

¡Mi bien, está en esa cuna!...

*(Entra en la alcoba y se lanza sobre la cuna ávida de desvanecer los negros presentimientos que devoran su alma. Observa que el niño está extrangulado; quiere gritar y no puede; le mira con horrible fijeza; por fin estalla su sentimiento.)*

¡¡Jesús!! ¡¡Socorro!! ¡¡Asesino!!

¡¡Hijo mío!! ¡¡Le han matado!!

*(Sale espantada, loca, marchando de espaldas al público y sin poder apartar los ojos de la alcoba.)*

CONDE.

¡Le extrangulé! *(Con voz sorda.)*

MARGARITA.

¿Qué ha pasado?

MARTA.

¡Señora! *(A Teresa.)*

EDUARDO.

¡Poder divino!

*(Teresa sigue retrocediendo lentamente, tendiendo a girar sobre sí misma. Parece fascinada por algún doloroso encanto. Vacila,*

*Se lleva varias veces las manos a los ojos y la frente y cae muerta en medio de la escena. Se abalanzan sobre ella el Conde y Marta.)*

TONDE.

¡Teresa! *(Con acento desgarrador.)*

MARTA.

¡Señora!

CONDE.

¡Helada

cual frío mármol!

MARTA.

¡Ha muerto!

CONDE.

¡Vida! ¡Ya eres un desierto!

MARGARITA.

¡Santo Dios!

EDUARDO.

¡Desventurada!

*(El Baroncito, Tomás, Agustín y Campesino, atónitos, indecisos, formando un semicírculo alrededor de Teresa. Margarita, perpleja, sin darse cuenta del terrible drama que se desenvuelve a sus ojos. Eduardo, después de arrancarse los vendajes que cubren su herida, cae desfallecido sobre una silla. Marta, arrodillada junto al cadáver de Teresa. Cae el telón.)*

FIN DEL DRAMA

# TEATRO FACIL

Obras de facilísima representación por su sencillez  
de decorado y pocos personajes

| Muje-<br>res | Hom-<br>bres |                                                     |
|--------------|--------------|-----------------------------------------------------|
| 1            | 0            | Como rezan las solteras, por R. de Campoamor        |
| 2            | 3            | Sistema Ollendorff, por Felipe Pérez Capo           |
| 1            | 1            | Cartas de novios, por Enrique Arroyo                |
| 0            | 2            | Pescadores de caña, por A. Mundet                   |
| 0            | 5            | A prima fija, por P. Muñoz Seca                     |
| 1            | 0            | La última carta, por F. Flores García               |
| 2            | 2            | La marquesita loca, por A. Jimenez Lora             |
| 1            | 1            | El caminante, por R. J. Catarineu                   |
| 1            | 0            | Marinera, por Joaquín Dicenta                       |
| 1            | 1            | Caminico e la juente, por Portusach y Castellví     |
| 0            | 2            | El león de bronce, por Joaquín Dicenta              |
| 3            | 0            | Rosas todo el año, por Julio Dantas                 |
| 2            | 2            | El billete del baile, por L. Millá y E. Arroyo      |
| 1            | 2            | Los hombres, por Armando Oliveros                   |
| 1            | 1            | Lo que hace el querer, por Domingo Moreno           |
| 5            | 2            | Nunca es tarde, por A. Insua y A. Hernández Catá    |
| 1            | 5            | El grito de libertad, por Augusto Fochs             |
| 1            | 2            | Petición de mano, por Alberto Cosin                 |
| 2            | 2            | Locura, boceto de drama en un acto, por J. A.       |
| 2            | 2            | ¡Por una furlana!, juguete por T. de Mun            |
| 1            | 2            | Un ojo de cristal, juguete en un acto, por L. Emegé |
| 2            | 3            | Bailes rusos, juguete por T. de Mun                 |
| 0            | 6            | El 4.º acto del Tenorio, por Pío M. Glañin          |
| 0            | 6            | La factura de un incendio, por Gil Pimoñan          |
| 0            | 7            | El tío de su sobrino, por M. P. y R.                |
| 2            | 3            | ¡Qué escándalo!, juguete cómico, por Gil Pimoñan    |
| 0            | 5            | Expiación, cuadro dramático, por M. P. Areri        |
| 1            | 1            | La cajita de rapé, diálogo por Luis Millá           |
| 1            | 6            | Los tres novios de Petrilla, por Magin P. Riera     |
| 1            | 5            | El señor empresario, por Gil Pimañon                |

A 50 céntimos cada obra